



SOY EL NÚMERO CUATRO
LOS ARCHIVOS PERDIDOS #6
LOS OLVIDADOS
PITTACUS LORE

2



LOS OLVIDADOS



SINOPSIS

Entérate sobre el destino de Adam, el mogadoriano convertido en aliado de la garde que arriesgó su vida para salvar a Sam.

Adam ayudó a Sam Goode y a su padre Malcolm a escapar de la base mogadoriana en Dulce, Nuevo México. Con la ayuda del legado que Uno le concedió, se sacrificó y derrumbó la instalación completa... consigo adentro.

Adam sobrevive milagrosamente de una pieza, y también descubre algo increíble que los mogadorianos habían estado ocultando de la garde. Separado de sus aliados, Adam se embarca en una búsqueda para encontrar lo que a la garde le ha estado faltando todos estos años. Lo que podría cambiar el rumbo de esta guerra.



CAPÍTULO

UNO

Traducido por Andres Suarez

Abro los ojos, pero no veo nada, solo oscuridad. Siento los pulmones débiles y pesados, como si estuvieran cubiertos por una gruesa capa de suciedad, y cuando toso, una nube de polvo se alza a mí alrededor, lo que me hace toser aún más hasta casi echar un pulmón por la boca. Me palpita la cabeza, que tengo nublada e inmóvil. Tengo los brazos pegados a los costados.

¿Dónde estoy?

A medida que el polvo se asienta, mi tos se sosiega y comienzo a recordar.

Dulce, Nuevo México. Un momento... ¿de verdad ocurrió?

Quiero creer que solo fue un sueño, pero a estas alturas sé que de todas formas no existe eso de «solo un sueño». Y esto no fue un sueño; yo mismo derrumbé este sitio. Sin siquiera saber cómo lo hice, tomé el poder que me dio Uno y derribé una base gubernamental hasta sus cimientos. La próxima vez que haga un truco como este, esperaré a salir del lugar antes de derribarlo; supongo que aún tengo cosas que aprender sobre mi legado.

Ahora todo está en calma, lo tomaré como una buena señal, pues significa que nadie intentará matarme por el momento, lo que a su vez significa que o bien están igual de sepultados que yo, o están muertos.

Por ahora, estoy solo. Uno está muerta; Malcolm y Sam se fueron, probablemente piensan que también estoy muerto. En cuanto a mi familia... bueno, ellos preferirían que estuviese muerto.

Nadie sabría que me rendí aquí y ahora, y la verdad, una parte de mi quiere hacerlo. He luchado tanto, ¿no basta con haber llegado hasta aquí? Sería tan fácil dejar de luchar, quedarme aquí sepultado. Olvidado.

Si Uno estuviera aquí, se apartaría el cabello con impaciencia y me diría que ya es suficiente, que lo superara; me diría que aún no he hecho ni la mitad del trabajo que ella me encomendó y que hay cosas más grandes que yo de las que preocuparme. Me recordaría que no es tan solo mi propia vida la que pende de un hilo.

Pero Uno ya no está aquí, así que depende de mí decirme tales cosas.

Sigo vivo, eso ya de por sí es increíble. Detoné los explosivos en la armería sabiendo que podría ser lo último que hiciera. Lo hice para que Malcolm Goode, el hombre al que había empezado considerar como un padre para mí, pudiera escapar con su verdadero hijo: Sam. Pensé que si ellos lograban escapar, al menos mi muerte sería por una buena causa. Pero no morí. Al menos de momento.

Me imagino que debe haber una buena razón para seguir vivo a pesar de todo, que aún tengo algo que hacer. Así que trato de calmar mi corazón galopante, respiro profundamente y evalúo la situación.

Estoy sepultado, sí. Pero hay aire aquí, puedo mover la cabeza, los hombros e inclusive un poco los brazos. Bien. Mi respiración levanta un poco más de polvo y me muestra dónde es arriba y también que entra un poco de luz de alguna parte. Y si hay luz, significa que la superficie no debe estar muy lejos.

Aunque no tengo demasiado espacio para mover los brazos, de todas formas intento empujar la piedra y concreto destrozado que me tiene prisionero. Por supuesto, no sirve de nada, porque no soy un nacido en tanque mejorado genéticamente para ser más fuerte, ni siquiera un fortachón natural como mi hermano adoptivo Ivan. Soy alto, pero delgado y con la contextura de un ser humano común y corriente, tal vez con un poco más de destreza física. La verdad, no estoy muy seguro de si el nacido en tanque más capacitado pudiera escapar desde donde estoy. No hay forma de que *yo* pueda salir de aquí.

En ese momento el rostro de Uno vuelve a entrar en mi mente, poniendo los ojos en blanco irónica pero afectivamente, como diciéndome «¿En serio? ¿Eso es mejor que puedes hacer?» Y entonces se me ocurre que no, *no* es lo mejor que puedo hacer. Ya no. Puedo no ser fuerte, pero *sí* tengo poder.

Me enfoco en las rocas que me rodean, sabiendo que con mi legado, el legado que Uno me dio, puedo sacar todos estos escombros. Cierro los ojos y me concentro, me imagino que los escombros se mueven, tiemblan, se parten y se alejan de mí hasta que soy libre. No pasa nada, no se mueve. «Muévanse maldición» pienso. Y entonces noto que, en realidad, lo dije en voz alta sin querer. De cualquier forma, las rocas no me prestan atención.

De repente me siento furioso; primero conmigo mismo, por ser tan estúpido, por ser tan débil, por no haber dominado a plenitud el regalo que Uno me ha hecho y por haberme metido en este sitio en primer lugar. Pero no es mi culpa, yo solo intentaba hacer lo que considero correcto.

No debería sentirme furioso conmigo mismo, sino con mi raza, los mogadorianos que me trajeron aquí. Los mogadorianos, que adoran la fuerza bruta y creen que la guerra es una forma de vivir.

Pronto siento que la rabia me recorre el cuerpo. Nada en mi vida ha sido justo, nunca tuve oportunidad de nada. Pienso en Ivan, mi mejor amigo; crecimos juntos y luego me traicionó e intentó matarme (más de una vez). Pienso en mi padre, que no lo pensó dos veces antes de entregarme a los científicos mogadorianos para que experimentaran conmigo y utilizaran máquinas que nunca se habían probado y que casi me frieron el cerebro. Para él el riesgo de sacrificarme *por la causa* no era nada.

Y, ¿qué causa era esa? La causa de crear más destrucción, de matar más gente y ganar más poder para sí mismo. Pero, ¿poder sobre qué?

Cuando conquistamos Lorien, lo convertimos en un planeta yermo, desolado y sin vida. No quedó nada en Lorien que gobernar.

¿Es eso lo que vamos a hacerle también al planeta Tierra?

Para gente como mi padre, ese no es el punto; el punto es la guerra, el punto es ganar. Para él yo era solo otra arma potencial para usar y luego desechar, eso es lo que él piensa de todo el mundo.

Entre más pienso en ello, siento que mi mente se nubla más por la ira. Lo odio. Odio a Ivan, odio a Setrákus Ra, y también al Gran Libro, por enseñarles que esta es la forma de vivir. Los odio a todos.

Los dedos de las manos y los pies me empiezan a hormiguar, y siento que tiemblan las rocas que me rodean. Funciona, mi legado está funcionando.

Puedes dejar que la ira te destruya o puedes usarla para algo.

Cierro los ojos de nuevo, empuño las manos y grito lo más fuerte que puedo, dejando salir la ira salir en una explosión enorme. Con un fuerte zumbido, el polvo y los escombros empiezan a desmoronarse. Mi cuerpo y el suelo tiemblan. Pronto, los escombros que me aprisionaban ya no están y soy libre de nuevo; es como si una pala gigante me hubiera sacado.

Sin embargo, alguien no es tan afortunado como yo. A menos de tres metros de mí, un soldado mogadoriano está atrapado bajo lo que parece parte de un marco de puerta de acero. Gime y se mueve ahora que ya no tiene peso encima.

Está tan vivo como yo. Genial.



CAPÍTULO

DOS

Traducido por Juan Leonardo Pirez

Me pongo en pie, tambaleando un poco. Me duele todo el cuerpo, como si me acabaran de apretar en una prensa gigantesca, pero no creo que tenga algo roto. Estoy cubierto de suciedad, sudor y, sí, algo de sangre, pero no mucha. De alguna manera, me las he arreglado para evitar cualquier lesión grave. No sé cómo, y no me importa.

El otro mogadoriano no tiene tanta suerte. Mientras me pongo de pie, deja escapar un gemido bajo, pero no me mira ni se mueve. Está tan apaleado que casi no parece darse cuenta de que ya no está enterrado. Ni siquiera creo que se dé cuenta de que estoy aquí.

Debió haber recibido un golpe muy fuerte, porque no parece ser del tipo fácil de noquear. Es tan grande como Ivan y fornido como un linebacker profesional, con el cuello grueso y músculos abultados, pero incluso desde aquí noto que no es un nacido en tanque: sus rasgos faciales son muy finos para ser uno de los guerreros genéticamente alterados que constituyen la mayor parte del ejército mogadoriano.

Este es un nacido natural, como yo. Como mi padre. Por el tatuaje en el cráneo, sé que este es un oficial, no un simple soldado. Es lógico. A los nacidos en tanque los crían para ser carne de cañón, mientras que a los nacidos de forma natural, para dar las órdenes. Tal vez por eso no recuerdo haberlo visto mientras estaba reteniendo las tropas. A diferencia de Ivan, que se lanzó hacia mí y murió como resultado, este tipo debe de haber estado al mando de la retaguardia.

Siento una punzada de repugnancia ante la idea. Un buen comandante lidera como ejemplo, no se esconde tras de sus hombres. No es que le haya resultado muy bien. De todos modos, nada de eso importa mucho ya; tengo que averiguar lo que voy a hacer con él.

Lo primero es lo primero: lo registro en busca de algún tipo de arma. Él gruñe un poco cuando lo palpo, y agita los ojos por un momento, pero no se resiste a mi búsqueda. No es que le haya encontrado nada útil; si tenía un cañón, hace tiempo la perdió, y no parece tener algún cuchillo tampoco. No encuentro ni una pastilla de menta en los bolsillos, y juzgando por el hedor que sale en ráfagas por su jadeo, probablemente le sería más útil que un arma ahora mismo.

Lo único que no puedo evitar notar es la sangre, porque prácticamente está cubierto de ella. Se filtra por debajo de la suciedad y el polvo que le cubre la piel pálida y le tiñe la ropa rasgada que aún tiene puesta. No veo ninguna lesión grande, pero sin duda es un lío.

Cuando estoy convencido de que no se pondrá de pie para atacarme en cuanto le dé la espalda, miro a mi alrededor para intentar orientarme. Gran parte de la base de Dulce se ubicaba bajo tierra para evitar ojos curiosos, pero supongo que mi truquito lo cambió todo. Me encuentro en un cráter gigante de unos treinta metros de ancho, con un claro cielo azul en lo alto. El único problema es que estoy a por lo menos seis metros desde donde termina la roca y comienza el cielo.

Los restos están por todas partes: rocas, cemento, columnas derrumbadas, computadoras rotas y equipos con los cables expuestos, chispeando peligrosamente.

Cuando huelo el familiar olor a gasolina, me doy cuenta de básicamente que estoy de pie en medio de un enorme barril de pólvora. Este lugar podría arder en cualquier momento. Es un milagro que no haya habido más explosiones.

Tengo que salir de aquí, rápido. Por suerte, a pesar de que estamos muy profundo, hay tantos escombros apilados en todas direcciones, que me imagino que no será muy difícil escalar hacia a la superficie.

Calculo en qué dirección será más fácil subir, me dirijo hacia allá... y me detengo. Miro atrás, al tipo tendido en el suelo, al mogadoriano que no ha hecho más que soltar un gemido.

Podría dejarlo aquí a morir solo, tengo que preocuparme por mí mismo, y además, otro mogadoriano muerto es algo bueno. Pero algo me detiene.

No es que sea amable, es demasiado tarde para empezar a tener dudas morales ahora; después de todo, he matado una buena cuota de mogs desde que todo esto comenzó.

Por un momento, me pregunto si mi papá habría adivinado que podía matar, si se sentiría un poco orgulloso si lo supiera.

Por supuesto, el orgullo de mi padre es lo último que busco ahora. No decido regresar por eso, sino porque sé que un oficial mogadoriano solo y desarmado me puede hacer más bien vivo que muerto. Por un lado, porque si estaba asignado a esta base, debe conocer la zona y los pueblos cercanos. Al estar en medio del desierto sin siquiera una brújula que me guíe, me será útil si quiero salir vivo de aquí.

Así que me dirijo de nuevo al tipo, lo tomo por debajo de los brazos y empiezo a caminar con él a cuestas, pero es muy pesado, y todo lo que puedo hacer es arrastrarlo entre los montones de basura y rocas escarpadas mientras nos abrimos camino a través de la vasta extensión de las ruinas de la base hacia el borde del cráter. El sol está alto en el cielo y estamos totalmente expuestos a sus rayos. Siento que una gota de sudor se me forma en la frente y me baja por el rostro; antes de darme cuenta, estoy completamente empapado. Intento despejar el camino

mientras me muevo, pateando a un lado los monitores, tuberías de aluminio triturado y todo lo que bloquea el paso.

No es que mejore mucho. En cuestión de minutos, siento los brazos como fideos, me duelen las piernas y la espalda me está matando. Ni siquiera llevamos la mitad de camino. Esto no va a funcionar. Finalmente, cuando dejo al mogadoriano en el suelo para recuperar el aliento, él se mueve.

—Oye —le digo—. ¿Puedes oírme?

—Hmm —responde. Bueno, no es muy útil, pero es mejor que nada, supongo.

—Oye, escucha —lo intento de nuevo—. Tenemos que salir de aquí. ¿Puedes caminar?

Se inclina hacia mí, con el cejo fruncido, y puedo adivinar por qué. Está intentando averiguar quién soy y qué estoy haciendo aquí. Estoy cubierto de suciedad, así que probablemente no ver que no tengo el tatuaje en el cráneo que denota rango mogadoriano, y me mira con confusión.

No tengo tiempo para que esté confundido, o tiempo para entre en razón... suponiendo que alguna vez lo haga. Tenemos que salir de aquí *ahora*, porque no tengo ni idea de si hay otros aún con vida, o si hay refuerzos en camino. Además, casi estoy a la espera de que todo el lugar explote en cualquier momento. Eso, si no muero de sed antes de que suceda.

Intento otra manera de comunicarme y hablo con él en nuestra lengua mogadoriana, que ahora solo se utiliza para fines ceremoniales. Cito el Gran Libro.

—«La fuerza es sagrada» —le digo. Es uno de los principios más importantes de la sociedad mogadoriana. Sus ojos se enfocan—. ¡De pie, soldado! —grito.

Solo quedo medio sorprendido cuando me obedece y poco a poco se apoya en una rodilla y se pone de pie. Típico mogadoriano: no hay nada a lo que mi especie responda con más entusiasmo que la autoridad vacía.

Él mog se balancea un poco cuando está de pie. Su brazo izquierdo cuelga de una forma extraña, y está pálido, con la frente y el labio superior perlados de sudor, pero se mantiene en pie. Por ahora.

—Vamos —le digo, apuntando hacia la apertura en lo alto—. Marcha.

Sin decir una palabra, me adelanta avanzando con pesadez.

Lo sigo, y me doy cuenta de que no estoy en mejores condiciones que él. Al trepar por los montones de escombros, pienso en Sam y Malcolm. Espero que hayan podido salir de aquí bien. Mi teléfono celular quedó aplastado cuando derrumbé la base, así que no puedo llamar a Malcolm para averiguar lo que pasó, organizar un lugar para reunirnos, o incluso pedir ayuda. Todo lo que puedo hacer, es tener un poco de esperanza.

Parece que han horas cuando por fin llegamos al borde de la base destruida, aunque el sol todavía está alto en el cielo, por lo que no puede haber pasado mucho

tiempo. Hasta el momento, ninguno de mis temores se ha cumplido: no ha habido explosiones o incendios, ni ninguna señal de mogadorianos que hayan vuelto para buscar entre los escombros.

El cráter es más profundo de lo que parecía antes, y cuando miro hacia arriba, veo exactamente qué tan lejos tenemos que subir para salir de aquí. Por suerte, hay bastante basura apilada alrededor del borde para ser capaces de encontrar un camino a la cima, pero no será fácil.

¿Algo es fácil alguna vez?

Estoy empapado de sudor y prácticamente jadeando mientras escalamos el acantilado utilizando como agarre vigas derrumbadas, trozos de cemento sobresalientes y todo lo que podamos encontrar. Mi nuevo mejor amigo está luchando contra el dolor, con los ojos negros vidriosos y desenfocados, pero lo está haciendo. Me da vergüenza ver que incluso en su estado, sigue siendo al menos tan fuerte como yo.

Supongo que recibió un golpe en la cabeza con la explosión. La buena noticia es que lo ha hecho bueno y dócil, porque cuando le digo que haga algo, lo hace. La mala noticia es que no tiene idea de lo que está haciendo. Lo necesito vivo, así que tengo que mantenerlo bajo vigilancia cada segundo en caso de que quiera hacer algo estúpido.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto una vez que tengo aliento. Bien podría saber con quién estoy tratando.

—Rexicus Saturnus —responde después de un minuto. El nombre me suena vagamente familiar. No se ve mucho mayor que yo, y me pregunto si lo había visto alguna vez cuando vivía en casa con mis padres y mi hermana. Después de todo, Ashwood *es* la comunidad mogadoriana más grande de la Tierra, así que hay una buena probabilidad de que se haya criado allí. Incluso aunque fuera un poco mayor que yo, lo habría visto o escuchado su nombre. Sin embargo, cuando estudio su cara, no lo reconozco.

—Me dicen Rex.

Asiento, o hay nada que decir en este momento, solo tenemos que seguir subiendo. Así que subimos.

Y luego, después de quién sabe cuánto tiempo, salimos del cráter y tropezamos con el borde en un vasto desierto. No lo creía posible, pero el sol que me da en la frente parece aún más caluroso que antes.

Me tomo unos segundos para descansar y recuperar el aliento antes de desempolvarme y explorar el horizonte en busca de algo, cualquier cosa que no sean tierra y rocas; después de un minuto, poso los ojos en lo que parece ser un pequeño edificio. No sé lo que vamos a encontrar (todavía podría haber

mogadorianos en el interior, por lo que sé), pero decido que no tengo muchas opciones, especialmente si esto significa encontrar agua y un respiro del calor.

—Muy bien, entonces, Rex —le digo, señalando el edificio en la distancia—. Vamos a movernos. En esa dirección.

Él solo asiente y empieza a caminar. Lo sigo, preguntándome de nuevo si estoy haciendo lo correcto. Sería tan fácil matarlo. Por ahora está débil, tiene los reflejos embotados y la mente confusa. No me costaría nada acercarme a hurtadillas y deshacerme de él de una vez por todas. Esta podría ser mi única oportunidad. Una vez que se haya recuperado, será capaz de dominarme con facilidad. Tal vez no lo piense ni dos veces antes de matarme.

Pero es un oficial mogadoriano. No tengo idea de cuál es la información que tiene o lo valioso que es para mi gente. Todo lo que sé es que, si sabe algo que pueda ayudar a Malcolm y el pueblo loriense, vale la pena mantenerlo con vida aunque eso signifique arriesgar mi cuello. Es lo que Uno querría.



CAPÍTULO

TRES

Traducido por Juan Leonardo Pirez

Siento los pies hechos de plomo, es un esfuerzo supremo levantarlos y bajarlos después. Me palpita la cabeza, siento la lengua hinchada y la nariz está tan seca que me duele respirar, pero tengo la garganta cubierta de arena y al tragar me dan náuseas. Tengo la piel tirante y curtida, y me pica por todas partes. Cuando me miro el brazo, me doy cuenta de que está de color rojo brillante, la cruel luz del sol ya me quema. Con cada movimiento siento punzadas de dolor en cada una de mis articulaciones, en cada centímetro de piel expuesta. No puedo ver bien, el desierto se extiende por delante de mí, y el edificio al que nos dirigimos no parece acercarse. De hecho, una parte de mí está empezando a cuestionarse si es real. Cuando lo miro por mucho tiempo empieza a oscilar, como si fuera un espejismo que siempre permanecerá unos mil pasos en la distancia.

No estoy seguro, en realidad, no estoy seguro de nada. Nunca me había sentido más solo en la vida. En el pasado, incluso cuando las cosas estaban en su peor momento, siempre estaba Uno animándome, recordándome lo que era correcto. Entonces Uno se fue, pero al menos tenía a Malcolm. Ahora también se ha ido, solo me tengo a mí mismo. Desearía que *mí mismo* fuera alguien en quien tuviera fe.

Por supuesto, no estoy realmente solo. Rex también está aquí. Pero Rex no es mi amigo. Si supiera quién, o *qué* soy, probablemente me mataría en el acto. Matar al mogadoriano traidor que se volvió contra su padre e hizo caer la base en Dulce le daría al menos un ascenso en rango.

Sin embargo, por el momento Rex es inútil. Su paso ha vuelto más errático, tiene la cabeza baja como si pudiera abrirse paso por todo el desierto de Nuevo México, y murmura para sí. No sé lo que dice, pero me da la impresión de que está hablando con otra persona, alguien que obviamente no está aquí ahora mismo.

Así que solo somos el desierto, un soldado mog con alucinaciones y yo.

Y entonces, el edificio al que nos dirigimos comienza a transformarse de una mancha en donde la arena se encuentra con el cielo, a una forma que puedo reconocer. Se hace más grande a medida que nos acercamos. Ya casi llegamos y sé exactamente lo que es. Con todo lo que ha pasado, me había olvidado completamente.

A kilómetros de la base principal, a lo largo del perímetro, había una torre de vigilancia. *Había*. Cuando Malcolm y yo llegamos aquí, fue lo primero que vimos, junto con un generador justo detrás de la torre que alimentaba la cerca eléctrica de

la base. Decidí tirarla abajo haciendo que se estrellara contra el generador, con el fin de entrar y rescatar a Sam.

Pensé que había destruido la torre por completo, pero ahora que nos acercamos, empiezo a ver que el puesto de guardia real, en la parte superior, sobrevivió. Es una sala de metal y concreto que ahora está tumbada de lado a un centenar de metros del generador destrozado.

No es mucho, apenas es más grande que un cuarto de baño, pero podemos escondernos allí por un tiempo. Estamos casi allí cuando oigo el sonido más maravilloso del mundo. Trato de no correr (en este momento, si caigo, dudo ser capaz de levantarme de nuevo), pero me apresuro hacia el sonido. Y allí, sobresaliendo junto a la base de la torre, se encuentra una tubería rota... de la que sale agua burbujeante.

Me dejo caer de rodillas junto a la torre caída, donde el agua ha formado un pequeño charco alrededor de la tubería. Me lanzaría de un salto si pudiera, dejaría que me refrescara cada uno de los poros.

Ya que no puedo hacer eso, recojo la mayor cantidad de agua que puedo con las palmas ahuecadas y me salpico la cara. Entonces tomo otro poco, la llevo a mis labios y bebo. El agua está caliente y metálica, pero sabe a vida misma.

Me siento mejor inmediatamente. Me llena una explosión de energía que se extiende por todo mi cuerpo, desde el pecho hasta a los dedos de los pies. Tomo otro codicioso trago. Puedo pensar con claridad otra vez.

Entonces recuerdo a Rex. Está de rodillas a mi lado, mirando el charco con los ojos inyectados en sangre, no toma nada. Es como si no recordara cómo. Me agacho y le salpico un poco de agua en la cara.

Abre los ojos, se lame los labios, se inclina sobre el charco y se lleva puñado tras puñado a la boca, lamiendo furiosamente. Me alejo y me siento en cuclillas, absorbiéndolo todo. Ahora tenemos agua y refugio.

Puede que incluso haya algunas raciones de alimento allí, si tenemos suerte. Podríamos sobrevivir todavía...

¿O no? Justo cuando empiezo a sentir que las cosas van a salir bien, oigo un ruido sordo, amenazante. Un gruñido.

Giro la cabeza hacia el sonido, y me veo cara a cara con una bestia enorme y corpulenta. Es un lobo, el más grande que he visto en mi vida. Entrecierra los ojos dorados amenazadoramente, crispas la cola y tiene las orejas erguidas, preparadas para una pelea. Me enseña los colmillos.

CAPÍTULO

CUATRO

Traducido por Andres Suarez

—Tranquilo, grandulón —le digo cauteloso, y me pongo de pie con tanta gracia como sea posible, intentando no asustar aún más al animal—. No queremos hacerte daño.

El animal hunde las garras en el suelo y se encorva hacia delante. Si decide atacar estaremos acabados, pero si logro convocar el legado de Uno otra vez, podría hacer temblar un poco para tumbar al lobo y darme tiempo para correr hasta la puesto de guardia. No es el mejor plan, pero es el único que tengo.

El agua me ha refrescado un poco, pero aún me palpita la cabeza, sigo tambaleándome y me arde la piel. Ya sé que no son las circunstancias ideales para intentar usar un legado que aún no he dominado completamente, pero me concentro lo más que puedo, empuño una mano, la levanto lentamente y apunto al suelo. Se escucha un suave retumbar y el suelo tiembla levemente. Algo es algo, pero no parece que vaya a ser de mucha ayuda.

Me sorprendo al ver la reacción del lobo: emite un pequeño quejido, retrocede un paso y me mira ahora con curiosidad en vez de ira; ladea la cabeza como intentando descifrarme y empieza a caminar sigilosamente hacia mí. Esta vez no gruñe, de hecho casi parece amistoso. Lo que fuera que estuviera pensando cuando intenté atacarlo con mi legado, definitivamente no era esto.

—Eh, hola —le digo, intentando modular la voz para que sea suave y amistosa, con las palmas extendidas. Sin movimientos bruscos.

Ahora se encuentra frente a mí, me estudia, me olisquea y emite un gimoteo. Mientras crecía, nunca tuve perros ni nada por el estilo, porque mi padre, el gran general, nunca apreció una mascota que no fuera útil, así que no tengo idea de cómo leer a este animal y si debo comenzar a correr o no.

Pero cuando me lame la palma de la mano izquierda, me convenzo de que no es prelude para un ataque.

—Buen chico —le digo. Extiendo una mano con lentitud y le acaricio la cabeza; su pelaje es grueso y suave. Me mira fijamente, no tengo idea de por qué, pero súbitamente parece confiar en mí.

Giro para ver la reacción de Rex ante todo esto, pero descubro que no presencié nada; está inconsciente. Por un segundo, me preocupa que esté muerto, pero noto que sigue respirando, aunque de forma dificultosa. Sus heridas, sumadas al esfuerzo y la deshidratación, deben haberlo vencido.

Necesito ponerlo a resguardo del desierto. El sol ha empezado a hundirse en el horizonte; he oído que se pone muy frío por las noches en el desierto y la temperatura ya está empezando a bajar. Sería muy bueno tener cuatro paredes para cubrirnos de los elementos.

—¿Te vas a quedar por aquí? —le pregunto al lobo mientras levanto a Rex por las axilas para arrastrarlo hasta el puesto de guardia. Me siento estúpido hablándole a un animal, pero no tengo más opciones de conversación. Él me mira de arriba abajo y comienza a seguirme, trotando a mi lado.

Por suerte, solo nos toma unos minutos llegar a la estructura. Todas las ventanas se quebraron cuando colapsó, pero todavía hay algunos marcos de madera que parecen intactos. Luego de unos cuantos empujones, la puerta se abre de par en par.

El puesto cayó de costado, pero parece mayormente intacto. En el interior hay algunos escritorios, sillas, casilleros de ropa, un computador dañado y un mini refrigerador roto. Sí, con esto estaremos bien.

Me adentro en la estructura arrastrando a Rex, y el lobo nos sigue de cerca. Aún no sé por qué, pero me siento tranquilo de que esté con nosotros.

Desafortunadamente, el lugar es bastante pequeño. Luego de dejar a Rex en el suelo, apenas queda espacio para girar sin tropezar con el lobo. Estoy pensando en que tal vez no haya suficiente espacio para que los tres quepamos aquí, cuando él me estudia por un momento como si supiera exactamente lo que pienso, deja escapar un ladrido y empieza a transformarse: primero, los contornos de su cuerpo pierden forma, luego su pelaje empieza a brillar y se transforma en algo más liso y brillante, como si fuera una armadura, para luego cambiar el color blanco a verde.

Doy un paso tembloroso hacia atrás. Me pregunto si esto es lo que pasa cuando caminas todo el día por el desierto mientras arrastras a un chico del doble de tu tamaño. Abro la boca para hablar, pero me doy cuenta de que no tengo nada que decir.

Pero aún no ha terminado. Ahora su piel es áspera y escamosa y entonces todo su cuerpo empieza a ondear como cuando arrojas una piedra a un estanque. Se está encogiendo.

Ocurre tan rápido que apenas tengo tiempo de preguntarme qué ocurre, pero justo termina en ese momento. A mis pies hay una lagartija, de ojos grandes y brillantes.

—Qué demonios —murmuro. Son las únicas palabras que logro recordar.

No es que mi vida haya sido aburrida: me crié en una comunidad oculta de alienígenas conquistadores, me injertaron la mente y los recuerdos de una chica muerta en la cabeza y recientemente desarrollé súper poderes. Pero nada de eso ha

sido más raro que ver a un lobo transformándose en una lagartija justo ante mis ojos.



CAPÍTULO

CINCO

Traducido por Brayán Calderón

—Sé quién eres.

Es la primera vez que Rex me habla directamente. Hemos estado aquí un par de días, porque decidí esperar para que pudiéramos recuperarnos, aunque apenas he dormido: me preocupa que cada ruidito que oigo puedan ser los mogs, o los militares de Estados Unidos que vienen a ver si alguien sobrevivió a la explosión. Por extraño que parezca, no he visto indicio de nadie, mog o humano. Deben haber asumido que todo el mundo está muerto y que no hay necesidad urgente de buscar entre los escombros.

Tenemos refugio y agua, y aunque nos acabamos muy rápido las escasas raciones del puesto de guardia, me las he arreglado para encontrar pequeños provisiones esparcidas por las ruinas de la base: raciones militares, galletas, patatas fritas y frutas secas. No estamos viviendo a lo grande exactamente, pero podría ser peor.

Pude curarme con bastante rapidez gracias al kit de primeros auxilios montado en la pared de nuestra guarida, al descanso y a la hidratación; Rex está mejorando también. Ya no se ve tan quemado, y respira mejor, aunque parece que tiene un brazo roto.

En los últimos días, ha estado recuperando y perdiendo la consciencia; a veces duerme a ratos, otras veces se la pasa inconsciente. Ayer pasó la mayor parte del día despierto, pero se quedó sentado en una esquina, mirando al techo, totalmente silencioso. No habría sabido decir si no *podía* hablar o si simplemente no quería.

Pero ahora se ha decidido a hablar, y lo que dice es lo único que he estado temiendo. Él me reconoce.

Me encojo de hombros, intentando fingir que no sé de lo que está hablando.

—¿Sí? —le pregunto, haciéndome el tonto.

—Eres Adamus Sutekh —continúa—. Hijo del general Andrakkus Sutekh.

Ahora no hay duda del desprecio en su voz, o de la repugnancia en la mueca de sus labios.

—Eres un traidor.

Me congelo. Lo sabe todo.

Lo miro, tratando de averiguar lo que va a hacer a continuación. Todavía puedo eliminarlo si tengo que hacerlo, pero no tendré esa oportunidad una vez que esté completamente recuperado.

Niego la idea una vez más. Podría estar cometiendo un gran error, pero sigo pensando que es demasiado valioso para matarlo. Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Te salvé la vida —le digo con voz neutra. Rex resopla.

—Traicionaste a nuestra gente. Hiciste estallar el laboratorio de investigación en Ashwood. —Eso no es del todo cierto (no lo hice estallar, solo lo destruí con el legado que me dio Uno), pero lo dejo correr cuando Rex eleva la voz—. Y estoy dispuesto a apostar que eres el responsable de todo esto, ¿o no?

Le doy la espalda, no puedo ni mirarlo. Aunque sé que hice lo correcto, lo que tenía que hacer, una parte de mí todavía siente vergüenza.

Ahora casi me grita, aunque sigue demasiado débil y ronco para convocar a la fuerza para gritar de verdad.

—Eres patético. No sé cómo un debilucho como tú pudo hacerlo solo, pero *tú* hiciste estallar la base. Los mataste a todos. A tu propia gente.

Lo que no le he dicho es que no estaba solo. De las piezas del rompecabezas que he logrado reunir (el caos y el ruido durante el ataque, la extensión de los daños), estoy bastante seguro de que no era el único que atacaba a la base cuando se derrumbó. Si él quiere pensar que lo hice todo yo, está bien, pero sé que la garde debió haber estado allí.

Me encojo de hombros.

—Buscaba a alguien —le digo—. Ustedes lo tenían aquí. Lo rescaté.

Rex sigue mirándome.

—¿Mataste a todos esos soldados para salvar a una persona? —pregunta—. ¿Ese humano que reteníamos, el chico? ¿Por qué?

Mi nuevo amigo me ahorra la molestia de contestar. Ha estado fuera todo el día, explorando como de costumbre, y ahora baja en picada por la puerta abierta de nuestro refugio y se posa sobre mi hombro. Hoy tiene forma de halcón, y sus garras se enganchan en la camiseta que rescaté de una taquilla.

Rex retrocede al ver el pájaro.

—¿Qué demonios es eso?

—Es Dust —le digo, feliz por el cambio en la conversación. Rex solo me mira entornando los ojos. Casi puedo ver las piezas encajando en su cabeza. No me imagino lo que está pensando, pero sea lo que sea, no es nada bueno.

Estiro la mano y acaricio la cabeza de Dust y él sacude las plumas con satisfacción; ya somos amigos. El nombre «Dust» me pareció apropiado aquí, en medio del desierto (significa polvo en inglés), y él parece muy feliz de por lo menos tener un nombre. No sé qué es o por qué está aquí, pero comienzo a tener la sensación de que ambos hemos estado solos durante un tiempo bastante largo.

Rex, por otra parte, no parece en absoluto contento de tener compañía. Nos mira unos momentos y luego, de la nada, se pone de pie de un salto. Antes de que sepa lo que está pasando, me inmoviliza contra la pared y cierra los dedos alrededor de mi cuello. Dust vuela de mi hombro y se posa sobre la mesa de la habitación; deja escapar un chillido ensordecedor, pero Rex ignora.

—No sé en qué andas, traidor —me gruñe—, y no sé qué es esa cosa, pero sus días están contados. Mira lo débil que eres. Incluso herido, podría matarte ahora mismo.

—Entonces hazlo —le digo. Me estoy echando un farol, por supuesto—. Mátame —le digo más fuerte.

Entonces se oye un rugido tras él y Rex se da vuelta para encontrarse cara a cara con Dust. Solo que ahora no es un halcón, ni un lagarto, ni un lobo. Es un león enorme, tan grande que la choza apenas puede contenerlo. Después de haber conseguido con éxito la atención de Rex con el gruñido, Dust abre las fauces enorme y se lame el hocico como diciendo «Adelante, inténtalo».

Rex salta hacia atrás, sorprendido, pero no está tan sorprendido como yo pensaba que estaría. Gira la cabeza hacia mí con un gesto desagradable.

—Lo sabía —dice—. Solo un traidor como tú mantendría una chimæra como mascota.

Lo miro fijamente. «Chimæra». Me suena de algo, pero no tengo ni idea de lo que significa.

Rex resopla.

—Ni siquiera sabes lo que es, ¿verdad? Es una bestia loriense, un cambia forma. En Alto Mando pensaban que solo eran leyendas, pero cuando invadimos Lorien, resultó que eran reales, asquerosas y crueles.

Por supuesto. «Chimæra». Ahora recuerdo la palabra. Se mencionan en el Gran Libro (algo sobre plagas malvadas, creo), pero los días en que solía pasar estudiando detenidamente el libro sagrado con las directivas de Setrákus Ra parecen tan lejanos, que apenas puedo recordarlo.

Entonces recuerdo algo más: ya he visto a estas criaturas en los recuerdos de Uno cuando escaparon de Lorien, pero pensaba que estaban todas muertas, que mi pueblo las había exterminado, junto con el resto del planeta.

La idea de que esté equivocado me hace sonreír. La garde todavía tiene algunos trucos bajo la manga.

Y Rex no es tan duro como quiere que crea. Me sorprendió que tuviera la fuerza para atacarme, pero debe haber quedado agotado, porque vuelve a hundirse en el suelo. Dust sigue mirándolo con cautela, dispuesto a saltar si es necesario, pero lo acaricio y así como así, vuelve a su forma de ave.

Ya debería estar acostumbrado, pero no, me sorprende cada vez que se transforma, y ahora que sé lo que es en realidad, también me da un rayo de esperanza.

—¿Qué hace aquí? —pregunto, más para mí que para Rex.

Una sonrisa le cruza el rostro. Sabe algo.

Entonces lo entiendo.

—Lo tenían prisionero, ¿no? Como a Sam y como a Malcolm.

Rex me mira con fuego en los ojos.

—No entiendes, ¿verdad? —dice—. Estamos en guerra. No es un concurso para ver quién puede ser más amable. Se toman prisioneros, la gente muere. Mis amigos murieron. Deberían haber sido tus amigos también, si no hubieras decidido traicionarlos.

Casi dejo que sus palabras me afecten, pero las ignoro.

—Te equivocas —le digo—. Lo entiendo. Se toman prisioneros. Ahora que lo pienso, parece que tengo un prisionero: tú.



CAPÍTULO

SEIS

Traducido por Brayán Calderon

Estoy más preocupado de lo que demuestro.

Rex está más saludable que nunca unos días después de mi enfrentamiento con él. Tengo a Dust de protección, y a estas alturas sé que no va a dejar que nada me pase, pero si no fuera por él, Rex podría vencerme con facilidad. Comienzo a darme cuenta de lo afortunado que he sido hasta ahora, y que puede ser peligro para mí mantener vivo a Rex.

No es solo eso; cada vez estoy más ansioso de que los mogadorianos aparezcan y nos encuentren. He registrado a Rex por lo menos diez veces por ahora, en busca de dispositivos de comunicación y armas, pero todavía me preocupa que pueda tener alguna manera de ponerse en contacto con ellos, de atraerlos hacia nosotros.

Tenemos que salir de aquí y necesitamos un plan. Todos los días salgo a buscar comida a la base, y cada día vuelvo con menos y menos. Es hora de ir a otro lugar, pero ¿a dónde? No tengo ni idea.

Me gustaría poder ponerme en contacto con Malcolm, porque él sabría qué hacer, asumiendo que logró salir de aquí con vida. Sin embargo, todos los equipos de la base están dañados sin posibilidad de reparación, y ni siquiera he sido capaz de desenterrar un teléfono celular. Hasta que esté de vuelta en la civilización, estoy por mi cuenta.

Trato de pensar en lo que diría Uno si estuviera aquí. Estoy tan acostumbrado a tenerla dando vueltas en mi cabeza que si me esfuerzo, puedo convocar su imagen como si siguiéramos compartiendo la mente. Cuando cierro los ojos y veo la imagen de su rostro, nos veo en California, de pie en la playa. Ella está descalza en la tabla surf, con los brazos cruzados sobre el pecho; el pelo se le ve rosado a la puesta de sol y se encrespa con la brisa.

Rex está mejor: sus moretones ya desaparecieron y los cortes y raspones que le llenan el cuerpo parecen estar curándose. La herida grande que tiene en el costado y que sangraba tanto cuando me lo encontré tardará en sanar, pero en realidad solo es una herida superficial. En cuanto al brazo, no lo tenía quebrado después de todo, solo tenía el hombro dislocado y cuando se dio cuenta, volvió a ponerlo en su lugar con nada más que una mueca.

Sin embargo, su estado de ánimo es tan malo como el mío, tal vez peor. Pasa la mayor parte del tiempo sentado en la esquina con una mirada sombría, a veces murmura para sí y otras veces mira al vacío con el ceño fruncido y en silencio durante horas y horas.

Si no lo conociera, diría que está deprimido. Pero eso es imposible, en realidad. Los mogadorianos no se deprimen, se desquitan.

Extrañamente, lo único que parece sacar a Rex de ese estado es Dust. Han llegado a una tregua provisional y a pesar de sus intentos de aparecer poco impresionado, Rex parece tan fascinado por las transformaciones de la chimæra como yo. Un día, cuando Dust se encuentra de buen humor y cambia de una forma a otra (de conejo, a loro, a chimpancé y a labrador), veo que Rex lo mira con algo parecido a una sonrisa.

Eso me da una idea.

—¿Cuánto sabes de él? —le pregunto, señalando a la chimæra. No espero que responda, así que me sorprende cuando Rex me contesta.

—No mucho —dice—. No sé dónde lo encontraron, ni cuánto tiempo estuvo en Dulce. Solo sé que hemos estado experimentando con ellos.

Experimentos. Siento un escalofrío ante la palabra al imaginar a Dust en algún laboratorio subterráneo, mientras un científico mogadoriano lo tortura en nombre de Setrákus Ra. Sé muy bien cómo es, porque fui una de esas ratas de laboratorio una vez.

No quiero pensar en eso, pero no puedo dejar de pensar en ello. Y algo hace clic en mi mente, algo sobre lo que dijo Rex que me parece extraño, pero no sé qué.

—¿Con ellos? —le pregunto.

—¿Eh? —contesta Rex, evasivamente. Trata de ocultar el error, pero el parpadeo culpable de sus ojos me hace saber que estoy en lo cierto.

—Dijiste que han estado experimentando con ellos, o sea que con más de uno. ¿Hay más chimæras por ahí? ¿En algún lugar en la Tierra?

Mira al techo y se encoge de hombros.

—Pensé que todas las chimæras murieron en Lorien —murmuro, rodeando la pregunta con cuidado para no recordarle que se supone que tiene que hacerme la ley del hielo.

Lo recuerda y no me sigue el juego.

No obstante, al día siguiente, cuando lo encuentro en su lugar de siempre en el rincón, con el mentón apoyado en un puño, lo intento una vez más.

—Hay más de ellos por ahí, ¿verdad? —le pregunto—. Dust no es la última chimæra.

Rex me fulmina con la mirada. Sus ojos son agujeros negros, muertos y distantes. Dust es un gato ahora, y duerme debajo de la mesa.

—Oye —le digo. Ni siquiera me mira—. Dust te mataría si quisiera que lo hiciera. Ya lo sabes, ¿verdad? todavía estas débil e, aunque no lo estuvieras, él es más poderoso que nosotros dos juntos.

—Dile que me mate —dice Rex débilmente, todavía sin mirarme a los ojos. Casi suena como si lo dijera en serio.

No puedo ocultar la sorpresa.

—No puedo creer que un nacido natural diga eso —le digo. La sorpresa en mi voz es genuina.

Rex levanta la cabeza de golpe y me mira a los ojos, con el ceño fruncido con una combinación de rabia y vergüenza. Acerté al decir eso.

Presiono aún más.

—Si dejaras de luchar serías aún más debilucho que yo.

—Nunca voy a dejar de luchar —espetá—. Veré muertos a los lorienses aunque sea lo último que haga. Pero matarte, Adamus Sutekh, va a ser lo primero que haga.

—Está bien —le digo—. Mátame.

Él sabe que no puede. Todavía no, por lo menos, porque tengo a Dust.

—Sé que mis días están contados de todos modos —le digo a Rex—. Me vas a al final, o mi padre, o algún nacido en tanque que ni siquiera sabe mi nombre. Pero en este momento, soy *yo* quien tiene el poder. Intenta salir y ese gatito lindo que duerme bajo la mesa se convertirá en un gorila de diez toneladas y te pelará como la cáscara de un plátano.

Rex pone los ojos en blanco y, furioso, lanza un escupo al piso de cemento y vuelve a mirar el techo. Sabe que tengo razón.

Sigo presionando, sé que estoy haciendo progreso.

—Yo también te necesito, Rex. Hay una razón por la que estás vivo: porque me eres útil. Tienes información, e información es lo que quiero.

—No sé nada —espetá.

—Dime lo que quiero saber —continúo— y saldremos de aquí. Habrá un montón de tiempo para que me mates, una vez salgamos de este desierto. Ni siquiera voy a detenerte.

Veo que lo considera. Aguanto la respiración. Si esto no funciona, de verdad *voy* a matarlo, decido.

Cuando veo que está en su momento más vulnerable, lanzo una última pregunta.

—Dijiste «con ellos». ¿Dónde está el resto de chimæras?

—No los he visto —murmura—. Pero son un montón, al menos diez, quizá más. Vinieron en una nave separada de la garde, al menos, eso es lo que escuché decir a unos funcionarios.

De repente, todo parece muy importante.

—Dijiste que estaban experimentando con ellos —le digo, intentando que no se filtre la urgencia en mi voz—. ¿Qué tipo de experimentos?

Supongo que Rex ya no le ve sentido a guardar silencio después de todo lo que ha dicho, porque esta vez responde a mi pregunta sin dudar y suena casi orgulloso al explicarlo.

—Intentan averiguar cómo funciona la transformación de las chimæras. Setrákus Ra piensa que si podemos aislar el gen de esa habilidad, podemos repetir el proceso con el nacidos en tanque.

La forma en que dice «podemos» me escalofríos. Había olvidado lo que era vivir entre ellos y creer que tu autoestima está ligada a la gloria de un señor de la guerra que persiguió a nueve adolescentes por un sistema solar solo para asegurarse de que estaban todos muertos.

—¿Dónde están? —le pregunto. Dime dónde están e iremos juntos.

Parece sorprendido por mi intensidad, pero toma aliento para decir:

—No están aquí. De alguna forma, Dust se separó del resto y retenían aquí hasta que alguien lo pudiera llevar de nuevo a la instalación principal.

—Dime dónde, Rex.

Solo ahora que parece darse cuenta exactamente lo mucho que ha dicho y cuáles podrían ser las consecuencias. Revelar secretos va en contra de todo su entrenamiento, en contra de todo lo que dice Gran Libro. Le flaquea un poco la voz, pero me lo dice de todos modos.

—Nueva York —contesta—. Un lugar llamado isla Plum.



CAPÍTULO

SIETE

Traducido por Carrie

—Linda ciudad —observa Rex con la voz llena de sarcasmo mientras recorremos la ciudad con la mirada—. Seguro todo valió la pena.

Ha sido un día largo para todos. Después de intentar y no encontrar un vehículo en funcionamiento en alguna parte de los terrenos de la base, no tuvimos más remedio que convencer Dust de que nos llevara sobre el lomo... en forma de burro

Había rebuznado y piafado cuando, primero Rex y luego yo, nos había subido sobre él. Pero había aceptado, y después de horas de caminar penosamente, por fin estábamos aquí. En cuanto a civilización, el pueblo con el que topamos está un poco mejor que las ruinas de la base de dulce, pero no mucho.

Está polvoriento y deteriorado, y la mitad de las tiendas de la calle principal están tapiadas. La otra mitad son tiendas extrañas de objetos usados, y farmacias que parecen no haber cambiado sus mostradores en treinta años.

Aun así, hay caminos pavimentados y los coches y semáforos están funcionando.

Sin mencionar la comida caliente. Cuando pasamos por el centro de la ciudad, no puedo evitar detenerme fuera del Café Celia y mirar a través de la ventana la gente de aspecto feliz sentada en las cabinas mientras devoran hamburguesas, panqueques y huevos con tocino. La boca se me hace agua; después de vivir a base de comida enlatada, en cajas y en conserva que pudimos encontrar en el casillero del puesto de la base, la idea de comida de verdad es suficiente para hacerme babear.

Rex estira una mano para abrir la puerta del restaurante, pero lo detengo por el hombro.

—Luego.

El hace una mueca de disgusto, pero suelta la puerta. Sabe tan bien como yo que no contamos con dinero para pagar la comida, así que puede esperar. Primero necesitamos algo de efectivo. Aún estoy de pie en la vereda, preguntándome si sería factible robar un banco, cuando una pareja robusta de mediana edad sale del café y pasan delante de mí. Caminan por la calle, y veo que un chico delgado, con una mochila gris desgastada, mete la mano en el bolsillo trasero del marido y saca su billetera.

Pasa tan rápido que casi no puedo creer lo que vi. Por un momento, estoy tentado a ir tras el ladrón, quitarle la billetera y regresársela a la pareja.

Rex tiene una idea diferente.

—Necesitamos dinero, ¿verdad? —pregunta, mientras sigue con la mirada al ladrón, que ahora pasea por la acera, la imagen misma de la indiferencia—. Hay que seguirlo, pero no demasiado cerca. No queremos que nos vea.

No sé lo que está pensado, pero asiento y vamos tras el ladrón de bolsos. Lo que sea que tenga en mente, espero que funcione.

El criminal trabajado duro, le concederé eso. Por lo que puedo ver, roba tres billeteras más y dos bolsos en el transcurso de la hora y mete todo dentro de la mochila sin detenerse un segundo. De alguna manera, nunca vuelve atrás, nunca camina por la misma calle dos veces.

En algún momento veo un coche de policías, pero el ladrón lo ve también y se esconde hasta que está fuera de su vista. Evidentemente, este chico es un profesional.

Después de que los policías se van y el ladrón acaba de robar el segundo bolso, Rex me da un codazo.

—Prepárate.

Cruza la calle, acelera el ritmo para adelantarse una cuadra a nuestra presa y luego da la vuelta y comienza a caminar hacia mí.

Hay un callejón adelante, y Rex lo calcula perfecto. Justo cuando pasa al ladrón por el costado, ambos alcanzan el callejón, y con un rápido empujón hace que el chico se tambalee de lado... justo dentro del callejón y quede temporalmente fuera de vista o, al menos, lo más cerca posible. Me doy prisa para alcanzarlos.

El ladrón no pierde el tiempo quejándose, ni nos pregunta qué queremos, nada por el estilo. En vez de eso, sale disparado por el otro lado del callejón justo cuando entro tras ellos por el pasillo de ladrillos sin salida, que termina en una pared de cemento con un contenedor solitario. Veo su plan: va a saltar sobre el contenedor para subirse a medias por la pared, luego se va a sujetar del borde para pasar al otro lado y nos dejará mordiendo el polvo. Frustrado, acelero el ritmo al igual que Rex, pero es obvio que no alcanzaremos al ladrón antes de que salte sobre el basurero.

Me detengo un momento. No tenemos mucho tiempo y solo se me ocurre una manera de detener a este chico. Canalizo mi sentimiento de enojo, levanto la mano y me concentro el suelo bajo el contenedor.

—¡Vamos! —murmuro y aprieto los dientes. Y justo cuando el ladrón da su primer salto, siento un temblorcito en el suelo y el basurero sale volando hacia nosotros, se estrella contra el carterista y lo lanza contra la pared lateral del callejón. Lo golpea tan fuerte que escuchamos cómo se queda sin aire al dar contra el suelo.

—¿Qué fue eso? —pregunta Rex mientras corre hacia allá.

—Me pareció que intentaba escapar —contesto, mientras me agacho a su lado. Aún respira, algo bueno. Hay un gran diferencia entre matar mogs atacándote y matar a un idiota que roba billeteras para vivir. El impacto solo lo noqueo. Miro el contenedor de basura—. Supongo que no se dio cuenta que el basurero tenía ruedas. —Reviso su mochila, encuentro todos los objetos robados y se los paso uno a uno a Rex—. Toma el dinero y deja el resto.

Un minuto más tarde, dejamos las carteras vacías sobre el regazo del ladrón y nos vamos. Ahora tenemos casi mil trescientos dólares entre ambos. No está mal.

—Lo primero es lo primero —le digo a Rex mientras salimos del callejón—. Provisiones, una comida decente y luego ya pensaremos en cómo llegar hasta la isla Plum desde aquí.

Rex asiente.

—Provisiones, comida, transporte; entendido.

Es algo raro que trabajemos juntos con tanta facilidad; casi podría olvidar que se supone que debemos ser enemigos. Y mientras estoy agradecido de que Rex no me haya atacado ni intentado ponerse en contacto con el comando de la base mog, me recuerdo no ponerme muy cómodo. Es bueno tener alguien con quien hablar, pero no puedo pensar que es mi amigo.

Aun así, no hay daño en que comamos juntos, ¿verdad?

Volvemos al centro de la ciudad, pero mientras pasemos me distraigo por un segundo con la sombra de una figura corriendo hasta nosotros. Doy un respingo y Rex me mira divertido.

Simplemente debo estar cansado y hambriento. Cuando paso la mirada por la acera, no hay nadie a la vista.

Sin embargo, de regreso en el restaurante, no puedo deshacerme del miedo de que alguien nos sigue. Y no me refiero a Dust, que ahora está volando en círculos como un halcón.

Ya en una cabina del restaurante, ni siquiera el sabor de las papas fritas y el batido de leche me ayudan a deshacerme de la sensación de que me están vigilando, y eso solo significa una cosa. Mogadorianos.

CAPÍTULO

OCHO

Traducido por Carrie

Dos horas más tarde, estamos sentados sobre pacas de heno en la parte trasera de una camioneta, con el viento desordenándonos los cabellos. Ambos comimos bien, le compré una bolsa de alimento de perro a Dust, e incluso conseguimos algo de ropa nueva; luego, rentamos una habitación en un motel para ducharnos y cambiarnos. También me las arreglé para conseguir un celular cuando Rex no estaba mirando, pero Malcolm no contestó el suyo y tampoco quise dejar un mensaje, solo en caso de que lo tenga alguien más. Espero que él y Sam estén bien, aunque es imposible saberlo. Otra cosa más de qué preocuparse.

«Mantente concentrado —me digo—. Has llegado muy lejos, solo hay que seguir avanzando. Esto es importante».

Y lo que estoy haciendo *es* importante. Estoy seguro de que es así. He visto lo poderoso que Dust puede ser por su cuenta. Encontrar al resto de chimæras y reunir las con la garde podría volver las cosas a su favor. Fácilmente, podría significar la diferencia entre la victoria y la derrota, no solo para Lorien, sino para la Tierra.

Sin embargo, si mi pueblo descifra el código genético para producir una fuente sin fin de soldados con la habilidad de cambiar de forma como las chimæras, la lucha será casi imposible.

Uno habrá muerto por nada. Mi traición habrá sido por nada.

Así que, aunque me siento solo, cansado, y empiezo a creer que me estoy volviendo loco, sé que tengo que llegar a la isla Plum. Tengo que liberar a las chimæras. Si puedo hacerlo sin que me maten en el proceso, será una ventaja.

No obstante, antes de que pueda hacer todo eso, tengo que salir de Nuevo México.

Resulta más fácil decirlo que hacerlo. Hay un tren, pero por desgracia, solo hace tres paradas: una aquí, otra en Colorado y una última en Wyoming. Ninguna nos deja cerca de Nueva York.

Un autobús no es opción, porque la estación más cercana está en Colorado, en un pueblo llamado Alamosa, a unos setenta u ochenta kilómetros de aquí.

Va a ser una larga caminata.

Rex sugiere robar un coche, pero además del hecho de que no tengo idea de cómo hacerlo, parece demasiado arriesgado. No puedes salvar el mundo si estás en una cárcel por robo de autos. Por un momento, considero alquilar un coche, pero

no tenemos tarjeta de crédito ni identificación. Dudo que lleguemos muy lejos con ese plan.

Eso nos deja el autostop. Rex y yo tenemos la piel más pálida de lo normal típica de los mogadorianos, sin contar el tatuaje militar que Rex tiene en el cráneo, lo que no nos hace pasajeros particularmente atractivos. Nos subimos las capuchas de las sudaderas y esperamos ocultar nuestras facciones alienígenas más notables.

No estoy seguro de lo bien que funciona, pero contamos con un arma secreta: Dust ha tenido la sensatez de transformarse en el golden retriever más lindo del mundo. El tipo de perro que hace que la gente reduzca la velocidad solo para observarlo.

En poco tiempo, funciona. El tercer vehículo que pasa a nuestro lado es una camioneta desgastada. Se estaciona delante de nosotros en la cuneta. El conductor de mediana edad que baja el vidrio de la ventana tiene «Ranchero» escrito por todas partes, desde la piel curtida de sus manos callosas, a la camisa de franela gastada y los pantalones de mezclilla.

—¿Quieren que los lleve, muchachos? —pregunta.

—Eso sería genial, gracias —respondo, acercándome al asiento del copiloto—. Intentamos llegar a Alamosa.

—Bastante fácil —me asegura—. No creo que puedan entrar los tres aquí conmigo, pero podrían ir en la parte de atrás.

Echo un vistazo al asiento del acompañante, que está cubierto por un montón de bolsas de mercado.

—Atrás suena bien, gracias —le aseguro. Le hago una seña a Rex para que se suba y luego a Dust para que lo siga; yo salto al final, y nos vamos.

Llegamos a Alamosa en una hora.

—¿A qué parte de la ciudad van? —pregunta, sacando la cabeza por la ventana abierta cuando nos detenemos en un semáforo—. ¿Algún lugar en particular?

—Al terminal de buses —grito y él asiente con la cabeza. Diez minutos más tarde, frena frente a un edificio de ladrillos rojos con un gran letrero de «Terminal de Buses» en el frente.

—Gracias otra vez —le digo mientras descendemos—. ¿Puedo darle algo de dinero para gasolina?

Él agita la mano.

—Venía hacia acá de todos modos —me asegura—. ¡Que lleguen bien a casa!

Le regreso el saludo mientras se va.

No tenía que traernos hasta aquí ni rechazar el dinero; podría habernos echado un vistazo y pensar que éramos matones. Pero esto no es Mogador. Aquí, no se considera débil ayudar a alguien.

El conductor es exactamente el tipo de personas que Uno y el resto de la garde intentan proteger. El tipo de personas que mi raza quiere esclavizar y masacrar.

No puedo ni *permitiré* que eso suceda, así que compro dos pasajes a Kansas City.

Dust está a salvo en mi bolsillo, en forma de lagartija, y todos nos preparamos para el viaje.

A medida que el bus acelera por la carretera, Rex cierra los ojos. Lo miro y me pregunto que estará pensando. Una parte de mí quiere creer que pasar tiempo conmigo y Dust lo ha cambiado, que tal vez está luchando consigo mismo como yo lo hice una vez, cuestionándose los principios del Gran Libro que nos meten en la cabeza desde que empezamos a caminar.

Me pregunto si también se está preguntando por qué nadie lo está buscando, si está enojado por saber lo desechable que es para los mogadorianos, porque sé cómo se siente eso.

Eventualmente, me dejo dominar por el sueño y al hacerlo, Uno se presenta de nuevo ante mí. Sé que no es ella de verdad. A veces los sueños son solo eso, sueños, pero habla con voz propia por primera vez en mucho tiempo.

—Eres diferente a él —me recuerda—. No puedes confiar en él. El odio está en su sangre, siempre lo estará.

—También lo está en la mía —le rebato.

—Lo *estaba*. Antes de conocerme.

Cuando despierto, me pregunto si tiene razón. Honestamente, no conozco la respuesta. Tal vez nunca la sabré.



Casi un día después, llegamos a Kansas City. La Estación Unión es un edificio de ladrillos grande, imponente, estratégicamente ubicado a una cuadra de todas las direcciones de la ciudad. Levanto la mirada para verlo cuando salimos del autobús.

—¿Crees que podemos tomar un tren directo a Nueva York desde aquí? —me pregunta Rex mientras caminamos por el suelo de mármol pulido. Parece extraño estar de vuelta en una multitud, después de la soledad de las últimas semanas. El lugar está lleno, hay un montón de gente de allá para acá, incluidos un montón de universitarios. La naturaleza frenética me pone inquieto, pero sé que es algo bueno. Podremos mezclarnos una vez que estemos dentro.

—No lo sé —admito. Hay una fila de máquinas de tickets junto a los mesones de servicio, y me dirijo hacia allá. Cuando selecciono Nueva York como nuestro destino, recibo una sorpresa desagradable.

—No, no hay nada que nos lleve allí directo —respondo por fin, mirando la pantalla como si con eso pudiera cambiar las cosas—. Pero podemos ir de aquí a Chicago, y luego de Chicago a Nueva York. —Estudio la información un poco

más—. Nos va a tomar treinta y tres horas en total —informo—. Y nos costará unos trescientos dólares por boleto. —Es más dinero de lo que me gustaría gastar (apenas nos dejaría con algo de efectivo en los bolsillos), y tampoco me agrada la idea de desperdiciar tanto tiempo. Pero no hay mucho que podamos hacer al respecto.

Por la forma en que suspira Rex, estoy convencido de que él piensa lo mismo.

—Está bien —acepta—. Solo hazlo.

Cuando estoy a punto de comprar los boletos, veo un extraño reflejo en la pantalla. Alguien está caminando y mirando en mi dirección, lo sé porque hay un leve destello de piel blanca con una banda oscura: gafas de sol. El resto del reflejo es oscuro también: abrigo oscuro, sombrero oscuro. Casi como el típico atuendo mogadoriano. El pánico me inunda y giro a mí alrededor, pero no puedo encontrar la figura o a nadie como él en la multitud.

Tengo una idea. Cambio nuestro destino a San Luis, que está a solo treinta dólares cada uno en lugar de trescientos, y compro los boletos. Tomo los pasajes, pero dejo el recibo atrás, y me doy vuelta rápidamente.

—Vamos.

Rex me sigue de cerca, sin decir una palabra, mientras avanzamos de prisa por el pasillo hacia nuestra plataforma. Continúo avanzando hasta el final y luego rápidamente empujo la puerta marcada con «SALIDA. SOLO PERSONAL AUTORIZADO».

—¿Qué estamos haciendo? —me pregunta cuando salimos. Tal como había esperado, llegamos al patio de maniobras¹. Hay trenes por todas partes, y unas pocas personas cargando equipajes, reabasteciendo combustible o simplemente caminando por ahí para comprobar las cosas. Nadie nos presta atención, y yo no los miro más de un segundo. El mejor plan, imagino, es actuar con rapidez y como si supiera lo que estoy haciendo.

Tal vez incluso logre convencerme a mí mismo.

Todavía tengo que lidiar con Rex.

—No vamos a tomar nuestro tren, ¿verdad? —me pregunta, deteniéndome por el brazo de un tirón—. ¿Qué pasa?

Bueno, es el momento de la verdad. Me encojo de hombros.

—Creo que vi un explorador —le contesto, mirándolo de cerca. Y luego espero y me tensó, juntando fuerzas. Si intenta atraparme, creo puedo usar mi legado para noquearlo y perderlo de vista en el patio, aunque preferiría no hacerlo a no ser que sea necesario. Además, aún tengo a Dust en mi bolsillo.

Después de unos segundos que parecen eternos, él asiente.

¹ Estación ferroviaria especial para cargar o descargar vagones de trenes.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tomaremos un aventón. —Hago un gesto hacia los trenes de carga en el otro lado del patio. Sorprendentemente, Rex sonríe.

—¡Muy bien! —Y se echa a correr. Supongo que tiene sentido que se emocione ante la idea de hacer algo físico (y peligroso), como saltar a un tren en marcha. Probablemente, a Ivan le hubiera encantado también.

—¿Cómo vamos a saber a qué tren saltar? —pregunta Rex sobre el hombro mientras frena junto al primer grupo de vagones—. ¿Tienen etiqueta o algo así?

Echo un vistazo a los carros, esperando que tengan etiquetas con la dirección o carteles con el destino como los buses, pero solo tienen números, además de los datos del fabricante y el modelo.

—No sé —admito—. Estoy improvisando. —Rex resopla. Entonces veo a un tipo que camina por la plataforma con uniforme de trabajo, sujetando un portapapeles—. Apuesto a que él lo sabe.

—¿Sí? —se mofa Rex, mientras nos escondemos entre dos carros para que el tipo no pueda vernos—. ¿Qué? ¿Vas a ir a preguntárselo?

El hombre pasa cerca de nosotros, y luego entra a una pequeña casucha en el centro de la estación, no sin antes dejar el portapapeles colgado fuera.

—Puede que yo no —respondo, sonriendo—. ¿Dust?

Lo saco de mi bolsillo y lo sostengo en la palma. Retuerce la cola como diciéndome que está listo para la acción. Hemos desarrollado una conexión tan fuerte que a veces pareciera que sabe lo que quiero antes de saberlo yo mismo.

—Necesitamos ese portapapeles.

En un segundo, se transforma en un halcón y cruza el patio volando. Se abalanza hacia el suelo, toma el portapapeles entre las garras y vuelve a elevarse. Las pocas personas que lo ven jadean y lo observan perderse contra el sol, por lo que nadie nota cuando se deja caer sobre mi hombro un minuto después. Se transforma de nuevo en una lagartija mientras aterriza, y el portapapeles cae al suelo, para que pueda recogerlo.

—Bien hecho —le digo. Examino la lista—. Éste —exclamo un segundo después, señalando una línea con el dedo—. Hay un tren que sale a Filadelfia en pocos minutos. Pista doce. —Todas las pistas están numeradas, y la doce se encuentra a unos pasos de distancia—. Vamos.

Rex asiente y salimos, pero de pronto se detiene, se agacha... y vuelve a levantarse con una barra de metal oxidada.

—Para atorar la puerta —me explica—. Es probable las puertas corredizas no se abran desde adentro.

Parece lógico. Por supuesto, eso también significa que ahora tiene un objeto contundente que puede usar como arma.

Pero no intenta nada.

Llegamos a la pista doce justo cuando el tren empieza a retumbar para partir. Rápidamente diviso un vagón y me dirijo hacia él, pero Rex sube a bordo incluso antes de que yo alcance el tren: trota hacia el vagón, se impulsa desde la escalera del costado y abre la puerta de un tirón. Luego, se balancea un poco, se arrodilla, y atasca la barra bajo la puerta para evitar que se cierre.

Me incomoda un poco ver su recuperación milagrosa. Cuando salimos de la base apenas podía mover el brazo, y ahora está dando vueltas por ahí como un campeón olímpico, como si nada. Instintivamente me acaricio el bolsillo y me tranquiliza la presencia de Dust.

—¡Vamos! —me grita Rex—. ¡Sube!

Tomo velocidad. Desafortunadamente, el tren también. Me las arreglo para posar una mano en la escalera, pero no puedo saltar si no me detengo.

El tren va más rápido de lo que puedo manejar, comienzo a arrastrar los pies, y me veo obligado a agarrarme de la escalera con las piernas para salvar la vida.

Si me suelto ahora, posiblemente caiga bajo las ruedas.

Comienzo a perder el agarre, mis pies van a la deriva de nuevo y la tierra se ve borrosa con la velocidad. Si no hago algo y rápido, no llegaré más lejos, porque solo seré una mancha en unos cuantos metros de las líneas de Missouri.

Rex resuelve el problema. Se agacha y me agarra del pecho, justo por debajo del brazo; luego simplemente se deja caer hacia atrás, jalándome con él al vagón. Ambos aterrizamos con un golpe seco en el desgastado piso de madera y permanecemos allí un segundo, sin aliento.

Luego, él se empieza a reír.

—¡Yuju! —grita, aún en el suelo, con la sonrisa más grande que le he visto hasta el momento—. ¡Acabamos de saltar a un tren en movimiento!

Sonríó también. Rex me acaba de salvar la vida. Ahora estamos a mano. Tal vez hay esperanza para él, después de todo.



Tenemos que escondernos una vez, en Columbus, Ohio, cuando el tren se detiene y los guardias del ferrocarril revisan los vagones en busca de polizones como nosotros. Pero es fácil saber cuándo están cerca. Nos escabullimos del vagón tan pronto empieza a detenerse, nos llevamos la barra de metal y recorreremos los alrededores, esperando volver a entrar una vez que se hayan marchado.

Podría ser divertido si no estuviera tan preocupado por lo que ocurrirá cuando lleguemos a Nueva York. Aún no tengo idea de cómo vamos a llegar a la isla Plum,

y mucho menos cómo voy a entrar, superar cualquier medida de seguridad que tengan los mogs y liberar a las chimæras.

Es abrumador, pero ahora tengo más confianza en mí mismo. Cuando miro atrás y pienso en lo mucho que he logrado desde que me fui de Ashwood, me sorprende. De verdad podría hacer que esto funcionara.

Sin embargo, aún no he podido contactar con Malcolm, y me preocupa. ¿Por qué no contesta el teléfono? A menos que nunca haya llegado hasta la garde.

No puedo permitirme pensar en lo que podría significar.



Rex y yo permanecemos en silencio durante la mayor parte del viaje, pero en algún momento a mitad de camino, mientras observo pasar el campo, me sorprende el sonido de mi propia voz.

—¿Por qué destruirlo todo? ¿Cuál es el punto?

Rex no duda antes de recitar uno de los principios más importantes del Gran Libro.

—*Conquistar, consumir, cauterizar.* —Se encoge de hombros—. Es lo que hacemos.

Es una frase que he escuchado tantas veces, que voy a ser capaz de repetirla de memoria por el resto de mi vida.

Es el resumen perfecto del objetivo mogadoriano: viajar a un nuevo mundo, conquistarlo, drenar todos sus recursos, luego dejarlo como un cascarón quemado y seguir con el próximo. Solía encontrarle sentido.

—Pero, ¿por qué? —pregunto—. ¿Jamás te los has preguntado?

—Porque así es el universo. Así sucede el progreso. El piken se come al kraul y no se siente culpable por eso. Solo lo hace.

—Porque tiene que hacerlo —le discuto—. Sobrevivir es una cosa. Esto es distinto.

La cara de Rex se endurece con gesto obstinado.

—Mira lo que pasó en Lorien. Eran tan poderosos que tan solo sus legados debieron bastar para combatirnos con facilidad; pero se habían vuelto blandos. Incluso con todo ese poder, eran débiles. Su mundo estaba estancado. Era repugnante.

—Eran felices, ¿qué tiene de repugnante?

Me fulmina con la mirada con tanta fuerza, que casi puedo sentirla.

—Casi olvido quién eres —dice con frialdad. Es la voz del viejo Rex—. Olvidé qué eres y lo que has hecho. No sucederá otra vez.

Entonces sé que, lo que sea que me haya acercado a Rex en el transcurso de este viaje, fue solo temporal. No va a cambiar, está en su sangre. Y cuando lleguemos a

la isla Plum, ya no me necesitará. Habrá vuelto con su gente, no tendrá razón para no ponerse en mi contra.

Aparto la mirada. Estoy solo otra vez. Ni siquiera sé dónde está Dust: se transformó en ratón hace unas horas y ha estado explorando el tren desde entonces.



Diez horas después de que Rex me haya subido a bordo, llegamos a Filadelfia en silencio. No hemos dicho ni una palabra desde nuestra discusión.

Dust aparece detrás de un cajón y se desliza en mi bolsillo, mientras Rex salta del tren al patio. Estoy a punto de seguirlo cuando noto que dejó la barra de metal atrás. Supongo que piensa que soy demasiado débil para necesitarla. Me la guardo en el bolsillo y me dejo caer en la fría noche de Filadelfia.

Abordamos el autobús a Manhattan; apenas hemos hablado unas cuantas palabras. En teoría, solo estamos a un paso de llegar a la isla Plum.

Y después de eso... no sé, he estado sopesando mis opciones. Me pregunto si Rex lo ha hecho también. Mientras comprábamos los boletos de autobús, pensé en abandonarlo, perderlo entre la multitud y llegar a la isla Plum por mi cuenta. Estuve a punto de hacerlo, y lo hubiera hecho si hubiera pensado que serviría de algo, pero no tendría sentido, porque sabe a dónde voy y lo que quiero. Además, tengo la sensación de que voy a necesitar su ayuda para poder entrar.

Por otra parte, es bastante probable que ya haya alertado a los mogadorianos que está en camino con su trofeo: yo.



—Última parada antes de llegar al túnel Lincoln —anuncia el conductor del autobús mientras se estaciona en un área de descanso—. Descanso de veinte minutos. Les sugiero que estiren las piernas y hagan uso de las instalaciones. El tráfico en el túnel puede ser bastante loco.

Indico que voy a orinar, y juntos, Rex y yo nos levantamos y seguimos a la mayor parte de los pasajeros que bajan del autobús. El viaje ha sido sin incidentes hasta el momento, lo que me viene muy bien. Deberíamos estar en Manhattan en una hora aproximadamente, tal vez menos.

—Voy comprar más bocadillos —me dice Rex hoscamente mientras caminamos por el aparcamiento. Asiento, él me responde con otro asentimiento, y se dirige hacia el grupo de máquinas expendedoras.

En el baño, cierro la puerta del cubículo a mis espaldas y trato llamar a Malcolm una vez más, rezando que esta vez responda.

Aún nada.

Tan pronto me permito considerar lo peor, siento la mente como un enorme bola de lana que se desenreda rápidamente. No puedo dejar de pensar en los «qué tal si»: ¿Qué tal si se quedaron atrapados huyendo de Dulce? O peor aún, ¿qué tal si la explosión arrasó con ellos junto con los mogadorianos? ¿Qué tal si maté a mi único amigo y a su hijo, al que fuimos allí para rescatar?

¿Y si nunca encontró a la garde? Es el único que puede conducirme a ellos. Si no está con la garde, significa que no tengo esperanzas de encontrarlos yo solo. Jamás.

«No —me digo—. Malcolm es inteligente, y prudente. Probablemente está siendo cuidadoso con las comunicaciones. *Si está* con la garde, no querría arriesgarse a que interfieran sus teléfono y dejar su ubicación al descubierto».

Todo tiene sentido. Simplemente no me hace sentir mejor.

Sucede cuando salgo del baño unos minutos después: dos hombres me bloquean el camino. Están vestidos con gabardinas negras idénticas, sombreros negros y gafas de sol oscuras. Ambos son pálidos, algo demasiado pálidos. Tan pronto los veo, ambos me sonríen y revelan dientes afilados como colmillos.

Me doy la vuelta inmediatamente y trato de regresar al baño. Tal vez haya una ventana por la que pueda escapar o algo así.

Pero no llego muy lejos cuando me atrapan por los brazos.

Rex no se ve por ningún lado.

Los mogadorianos me encontraron.



CAPITULO

NUEVE

Traducido por Pamee

—Nos costó alcanzarte, Adamus —dice el de la derecha—. Casi te nos escapas.

—Casi —repite el de la izquierda. Se saca las manos de los bolsillos y no me sorprendo al ver que en una mano sostiene una daga, y en la otra un cañón. Armas típicas de exploradores mogadorianos.

Por suerte para mí, lo que tengo guardado no es típico. Luego de mi sorpresa inicial estoy más resignado que asustado. He estado mirando sobre el hombro en busca de mogs todo este tiempo y, de cierta forma, es casi un alivio que por fin estén aquí. Aun así, necesito saber algo.

—¿Cómo me encontraron?

Los dos se ríen. A diferencia de mí y Rex y el resto de los nacidos naturales, la mayoría de los exploradores son nacidos en tanque y tienen dientes triangulares como colmillos para demostrarlo. Sus sonrisas parecen de tiburones.

No tienen que contestarme, ya lo sé: fue Rex, tuvo que ser él. Mientras yo estaba en el baño intentando llamar a Malcolm, él pedía refuerzos. Me traicionó, y lo odio por eso.

No tengo miedo, ni tristeza; ciertamente ya no siento alivio. Simplemente estoy furioso. La risa de los nacidos en tanque se detiene cuando el suelo a sus pies ondea como si fuera agua y los hace caer.

El de la izquierda deja caer el cañón, me lanzo para atraparlo, apunto, y le disparo a quemarropa. *Paf*. Ya le estoy apuntando al segundo cuando el otro se hace cenizas. Si Rex piensa que no soy un oponente digno solo porque no soy tan grande como él, o porque no creo que haya que vivir según las estúpidas reglas tipo galleta de la fortuna de Setrákus Ra, tiene que pensar otra vez.

Tengo que salir de aquí. Hay demasiadas personas en este espacio tan pequeño, y si se produce una batalla, sería imposible adivinar cuánta gente inocente podría salir herida.

Antes de que alguien pueda detenerme, me dirijo en línea recta a la salida trasera y la atravieso sin detenerme. Cien cabezas giran a mirarme, pero no me importa. Afuera, me encuentro en un amplio aparcamiento, vacío salvo por unos camiones desatendidos. Estoy buscando frenético un escondite, cuando oigo a mi espalda el distintivo sonido agudo de un cañón mog al cargar para disparar. Me lanzo a un lado y choco fuerte contra el suelo justo cuando la explosión de energía pasa zumbando junto a mí. El pavimento humea desde un agujero circular en el lugar donde me encontraba hace unos momentos.

Levanto la vista y veo a cuatro soldados mogadorianos trotando hacia mí, con rifles y cañones apuntando en mi dirección.

Qué mal por ellos. Ahora me enfurecieron.

Hago una mueca por la furia, y mi cuerpo tiembla cuando lanzo un temblor por el suelo. Los dos mogs más cercanos a mí caen derribados como palitroques. En la confusión, me escondo detrás de uno de los camiones para comprar algo de tiempo, mientras mis perseguidores restantes se separan para buscarme.

Cuando no oigo nada por aproximadamente un minuto, echo una mirada desde detrás de la cabina y veo a otro soldado que se dirige hacia mí. Está solo, demasiado fácil. Ya es ceniza antes de que sepa siquiera que me lo cargué con el cañón robado. Cinco menos, queda uno... sin contar a Rex.

Por supuesto, solo si asumo que no hay más.

Y tengo tanta suerte...

Oigo más pasos aproximándose, y se hacen cada vez más fuertes. Vienen rápido.

Supongo que era demasiado esperar que el Comandante solo hubiera enviado dos exploradores y cuatro soldados en mi búsqueda. Pero cuando saco la cabeza detrás de la cabina y veo una docena de mogs acercándose de todas direcciones con los cañones y rifles preparados, me parece excesivo. Supongo que debería sentirme halagado, no solo porque piensen que valgo la molestia, sino también porque quién quiera que los haya enviado, me considera un adversario formidable.

Me agacho, miro por debajo del camión y veo a un mog marchando hacia mí, disparándole a mi refugio para mantenerme escondido mientras él avanza. Qué lástima que no esté vigilando las ruedas. Le disparo en una pierna y, cuando cae, le disparo a la cabeza y lo hago cenizas. Luego, me pongo de pie y observo el lugar.

—¡Dust! —grito. ¿Dónde demonios está?

Y ya que estamos, ¿dónde está Rex? No es que de verdad quiera saberlo.

Más soldados giran en la esquina del edificio, y el estómago se me hace un nudo. Se están desplegando frente a mí para que no sea capaz de derribarlos a todos al mismo tiempo. Me acuclillo detrás del camión otra vez, pero sé que no seré capaz de resistir mucho más tiempo.

¿De qué sirve todo esto?

Nunca he odiado más a mi propia gente que ahora mismo. Aunque más que nada, odio a Rex, pero no porque me haya traicionado, no. Lo odio porque, antes de que pudiera traicionarme, me hizo confiar en él.

Al menos mi furia sirve para algo. Me concentro en ella y pisoteo el suelo con fuerza.

El temblor que se siente es el más fuerte que he hecho. Lo siento fluir a través de mi cuerpo como una ola gigante del océano que se origina en mi caja torácica.

Unos cuantos soldados caen; otros se tambalean, pero siguen de pie. Uno o dos sueltan las armas.

Aprieto los dientes. Usar mi legado me está dejando exhausto y no sé cuánto tiempo más seré capaz de seguir, pero tengo que hacerlo. Pisoteo otra vez.

Otros caen, pero ahora el resto me está disparando.

Intento pensar qué hacer después, cuando escucho un rugido feroz.

Miro por sobre mi refugio y veo una gran forma leonada que salta desde los árboles, agarra a un soldado por el hombro y lo lanza al suelo. Dust ruge, se lanza otra vez y cierra las fauces enormes como una trampa alrededor de su cuello. El soldado grita y muere a mitad de alarido, su cuerpo se convulsiona mientras se vuelve ceniza, pero el león ya está en otra cosa. Destroza a los mogs con facilidad, los disparos apenas lo enlentecen. Dust araña y muerde y no se detiene para considerar a cada enemigo de forma individual por más de un segundo, antes de seguir adelante.

Los mogs que siguen de pie están confundidos: esto no era parte del plan, y ahora no están seguros de si deberían dispararle a Dust o a mí, o si ya es momento de iniciar la retirada.

Tomo ventaja de su confusión. Dos soldados habían retrocedido casi hasta mí, y les disparo antes de que recuerden que sigo siendo una amenaza.

Dust se está haciendo cargo de otro soldado, mientras varios se esconden al costado de la estructura principal. Derribar cosas es un truco que perfeccioné bastante bien con Malcolm, así que suelto el techo de una sacudida, lo dejo caer sobre esos soldados y los aplasto con facilidad, aunque me causa un terrible dolor de cabeza. Solo quedan dos, que se alejan de mí y de Dust a la vez, le disparan a él para que no se acerque y se dirigen hacia el borde de los árboles donde deben tener una nave esperando.

Si la alcanzan, estoy frito.

Es la primera vez que utilizo tanto mi legado, y cada vez que causo un nuevo temblor, quedo más y más exhausto. Mi visión empieza a oscurecerse, pero sé que no tengo más opción que luchar contra ello. Me concentro y envío un temblor hacia un árbol grueso, igual que cuando derribé el puesto de guardia en la base de Dulce. Se derrumba con un fuerte gemido y aplasta a uno de los soldados con el tronco. El último mog simplemente da la vuelta y corre, pero Dust lo alcanza en un instante con un borrón de dientes y garras. Unos segundos después, trota hacia mí con el hocico manchado de ceniza. No parece inmutarse por eso. Es el único.

—Gracias —me las arreglo para murmurar débilmente cuando llega hasta donde estoy. Luego, todo se va a negro.



Cuando despierto, estoy sentado de copiloto en un coche que vuela por la autopista. Me sigue palpitando la cabeza y mi visión sigue borrosa. La silueta de la ciudad de Nueva York es apenas reconocible sobre el salpicadero como una niebla abstracta de luces. No tengo idea de cómo llegué aquí o hacia dónde me llevan. Los eventos de las horas pasadas rebotan en mi cabeza como un millón de pelotas de ping-pong. Todo está revuelto y me cuesta encontrarle sentido.

Gruño y miro hacia el asiento del conductor: Rex está al volante. Incluso en mi estado actual, forcejeo con la manilla de la puerta. «Saltaré desde aquí mismo», pienso. Preferiría que me atropellaran al instante que permitir que crea que confío en él un segundo más.

—¡Oye! —exclama cuando me ve intentando escapar. Antes de que pueda abrir la puerta, le pone el seguro desde la consola en el salpicadero. Estoy atrapado.

—Cálmate —me dice—. No sé qué hiciste en el aparcamiento, pero sea lo que fuera, te dejó agotado.

No quiero oírlo.

—¿Dónde demonios estabas? —exijo saber—. ¿Qué demonios pasó?

Rex apenas aleja la mirada de la carretera.

—Lo mismo que te pasó a ti —contesta con calma, como si le acabara de preguntar cómo estará el clima mañana—. Los mogs también me atraparon. Deben pensar que estoy de tu lado ahora. Luché, pero cuando logré deshacerme de ellos y llegar junto a ti, él ya se estaba haciendo cargo. —Señala un bulto en el salpicadero que solo entonces noto es Dust, en su forma de lagartija.

—Cuando te encontré estabas inconsciente en el pavimento, y Dust estaba sentado ahí, prácticamente encima de ti, cuidándote como si fuera tu mamá o algo. Casi no me deja acercarme. De todas formas, lo hecho, hecho está. Nos escapamos. ¿Qué piensas del coche? Lo robé.

Si espera que crea algo de su historia, es idiota. Quiero decirle lo que pienso, pero con mi cabeza revuelta solo me las arreglo para espetar una oración corta.

—Jódete, Rex —digo justo cuando todo vuelve a ponerse negro.

CAPÍTULO

DIEZ

Traducido por Andres Suarez

Recobro la consciencia en otro aparcamiento; ya me siento bien, más o menos. Basándome en la luz que se ve desde el coche, debe ser de mañana. Rex tiene las ventanas abajo y el aire huele vagamente a océano.

—Por fin —exclama Rex cuando me ve estirándome—. Ya pensaba que no ibas a despertar.

Me siento y lo miro. No puedo creer lo estúpido que me siento. Sabía exactamente lo que pretendía desde un principio y lo dejé salirse con la suya.

—Me traicionaste —le digo.

Se ríe.

—Sabía que ibas a decir eso, gracioso, ¿no? Tú traicionaste a tu propia raza, ¿y te enfadas *conmigo*?

Me alisto para golpearle con cada gramo de fuerza tectónica que tengo a mi disposición, pero tan pronto empiezo a pensarlo siento que me vuelve la sensación de desmayo.

—¿De verdad esperas que crea que no fuiste tú el que llamó a la mafia mogadoriana? Te desapareces misteriosamente justo cuando llegan y de alguna forma reapareces cuando ya los hemos derrotado.

—Te lo dije: también me atacaron.

—Sí, claro. —Sé que es mentira, pero honestamente, no sé qué hacer.

Lo que no entiendo es por qué sigue jugando conmigo de esta forma; si quisiera matarme ya podría haberlo hecho, o podría haber llamado más mogs. En vez de eso, sigo vivo y en libertad, sentado ileso en el asiento del copiloto de un sedán robado, con Dust gimoteando en el regazo.

Miro por la ventana y veo dónde estamos. Bueno, más o menos. Estamos en algún lugar cerca del agua; se escucha una sirena y cuando miro por la ventana veo un ferry que cruza el agua.

—Dijiste que querías ir a la isla Plum, ¿verdad? —pregunta Rex al descifrar la mirada confusa en mi rostro—. ¿Cómo íbamos a ir a no ser que fuera por barco?

Sigo sin poder creer que no le diera nuestra localización a los mogs, pero eso no explica por qué vino en mi ayuda, por qué me ayudó a escapar. Me podría haber dejado en el patio para que me capturasen los mogs o la policía.

Necesito aire fresco, tengo que salir del coche. Rex no intenta evitarlo cuando abro la puerta. Dust salta al pavimento y lo sigo.

Rex me encuentra sentado en un banco media hora más tarde y como no sé qué más hacer, solo me quedo ahí sentado. Intenté llamar a Malcolm, pero no contestó. Intenté imaginar a Uno, me habría hecho bien tan solo imaginar su rostro, pero no pude. Incluso la versión golden retriever de Dust desistió de intentar hacerme sentir mejor, así que ahora está tendido a mis pies.

—No les dije nada —dice Rex. Se encuentra a unos pasos de mí, pero no intenta acercarse—. Los exploradores te han estado siguiendo todo el tiempo. Te perdieron un par de veces, pensé que te perderían la pista cuando decidiste saltar al tren, pero te iban a atrapar tarde o temprano.

—¿Dónde estabas entonces? —exijo saber—. Y no me digas que a ti también te atacaron.

—¿La verdad?

—Sí, por una vez, la verdad.

Rex se toma un momento y finalmente contesta:

—Me escondí —admite—. Puede que ya me hubieran visto viajando contigo, pero no quería que me vieran luchando para salvarte, que pensarán que soy un traidor, así que me escondí.

Examino su rostro para ver si está mintiendo, pero no tengo idea. Tampoco sé por qué me importa, solo que es así.

—¿Así que ibas a dejar que me mataran?

Alza el rostro al cielo y dice:

—Eso creo, sí, si las cosas llegaban a eso.

—¿Pero ahora me estás ayudando?

—Síp.

—No lo entiendo, ¿por qué?

Rex arrastra los pies con nerviosismo.

—No lo sé —contesta—. Sigo creyendo en la causa mogadoriana, sigo creyendo en los principios de Setrákus Ra. Cuando llegue el momento de luchar estaré allí con el resto de mis hermanos, si me permiten hacerlo. La guerra está en mi sangre, pero de todas formas te voy a ayudar. No tienes que creerme si no quieres, ni siquiera puedo explicármelo a mí mismo, pero es la verdad.

No le respondo, no sé qué decir.

—¿Quieres ir a la isla Plum a rescatar las chimæras o no? —pregunta al final.



El ferry no llega a la isla Plum, no hay razón para ello: los civiles necesitan las autorizaciones más altas para poner un pie en la isla. Eso descarta llegar abiertamente.

Pero en una comunidad costera como ésta casi todo el mundo tiene bote, aunque sea uno pequeño.

Rex y yo pasamos la tarde husmeando los garajes desatendidos hasta que logramos arrastrar un bote pequeño hacia el puerto. Lo escondemos detrás de unos árboles de un parque cercano hasta la puesta del sol y vigilamos que llegue el último ferry. Esperamos media hora más para asegurarnos de que nadie nos vea arrastrando el bote hasta el final del muelle. De allí en adelante es bastante fácil echarlo al agua, subirnos y empezar a remar.

Mientras dormía en la mañana, Rex formulaba un plan que nos permitiera entrar a la instalación. Mientras navegamos me lo explica; es tan simple que suena absurdo.

—Les diré que eres mi prisionero —me informa—. Que te seguí desde Nuevo México hasta que te capturé y te traje aquí; te han estado buscando, ¿verdad? Si enviaron tantos exploradores para atraparte deben creer que eres importante. Puede que hasta Setrákus Ra esté enterado de ello, no hay forma de que no nos dejen pasar.

—O también podrían dispararnos apenas no vean —le digo. Rex tensa la mandíbula y sacude la cabeza.

En la distancia veo luces, nos estamos acercando.

—Nah —exclama—. Primero querrán saber cómo derribaste la base de Dulce. Diablos, a mí también me gustaría saberlo. —Sonríe un poco al decirlo—. Entonces ahí sí te dispararán.

—Vaya, gracias. —Le echo una mirada a Dust que vuela cerca de nosotros en forma de halcón; de vez en cuando se inclina para rozar el agua con la punta de las alas—. No sabemos a quién tienen allí, cómo están organizados, qué saben de mí, qué...

Rex me detiene.

—Relájate, confía en mí. Sé muy bien cómo funciona la milicia. Lo tengo todo planeado.

Si tuviera que hacer una lista de la gente en quien confío, sería una muy corta y Rex no estaría en ella. E incluso aunque confiara en él, seguiría sin gustarme el plan. ¿Qué tal si ya saben que Rex ha estado trabajando conmigo todo este tiempo? ¿Qué tal si nos matan antes de que tengamos oportunidad de explicarnos? Todo esto depende mucho en la fe, y luego de ayer, mis reservas están casi extintas.

Antes de que pueda discutir, Dust aterriza en el borde del bote con un batir frenético de alas y se transforma en un gato. Súbitamente, cambia de nuevo a lobo, pero es demasiado grande para el bote y casi nos voltea. Vuelve a cambiar una y otra vez, tan rápido que ya no puedo seguir el hilo de sus transformaciones. Entre cambio y cambio emite un ruido tan alto y agudo que me tengo que tapar los oídos:

parece un aullido combinado con el sonido de una trompeta. Nunca en mi vida había escuchado algo así.

—¡Dust! —lo llamo—. ¿Qué sucede?

Lo acaricio con la esperanza de calmarlo y, aunque su cuerpo parece líquido, funciona. Lentamente empieza a retomar el control de sí mismo y permanece en su forma de lagartija; sin embargo, sigue agitado. Avanza de un lado a otro por el bote y gira frenético la cabeza en todas direcciones, olisqueando el aire como si escuchara algo que Rex y yo no podemos oír, casi como si algo lo estuviera llamando.

Es muy extraño, no sé qué hacer. La isla ya está tan cerca que puedo distinguir el muelle.

—¿Estás listo? —me pregunta Rex.

No estoy listo, pero aun así asiento. Al menos Dust ya se calmó lo suficiente como para subir al bolsillo de mi sudadera. Sigo sintiéndolo retorcerse con nerviosismo, pero parece que está regresando a la normalidad. Rex no parece percatarse de la incomodidad en la que me encuentro, se limita rebuscar en los bolsillos hasta sacar las abrazaderas plásticas que compró en una ferretería local mientras esperábamos que dejaran de llegar los transbordadores.

—Dame tus muñecas.

Cada parte de mi sentido común me grita que no lo haga. Entrar a una fortaleza mogadoriana atado y guiado por un mog en el que a duras penas confío no parece el plan más brillante.

Seguro de que es una trampa muy elaborada, ofrezco las manos de todas formas. Ya llegue hasta aquí, ¿qué más puedo hacer, sino correr el riesgo?

Rex me ata con maestría en segundos. Es casi como si hubiéramos vuelto a como empezamos en Dulce: un guardia y un prisionero, esta vez con los roles invertidos.

Esperemos que solo sea parte del espectáculo.

Estamos a unos pocos metros de la playa cuando la luz cegadora de un faro nos engulle con su poderoso haz y una voz resonante dice:

—¡Deténganse! ¡Identifíquense!

Rex se endereza.

—Rexicus Saturnus, de Dulce —responde a gritos—. ¡Y un prisionero! —Me levanta las manos de modo que puedan ver las amarras.

La pausa que se produce me hace sudar a pesar del frío que viene del mar, pero al final la voz responde:

—Adelante.

No se ofrecen a ayudarnos; en vez de eso, dejan que Rex reme hasta la entrada. Típico de los mogadorianos.

—¿No debería haber soldados normales en vez de mogadorianos? —le susurro a Rex.

—Solía ser de así —contesta él—, pero últimamente tenemos más y más poder en el gobierno estadounidense. Pronto la Casa Blanca también la administrarán mogadorianos.

Es un pensamiento pavoroso, uno que me hubiera emocionado sobremanera unos años atrás.

Dust salió de mi bolsillo al oír el grito del mogadoriano, para luego desaparecer en el cielo nocturno convertido en un colibrí, sin darme tiempo para despedirme. Sé que es lo mejor, porque me van a encerrar en una celda y no quiero que esté atrapado conmigo, pero me siento increíblemente vulnerable sin él.

El sentimiento solo se intensifica cuando veo un escuadrón de soldados esperándonos en la puerta con las armas en alto. Esperan a que el bote choque contra los troncos para subirnos a rastras.

—¿Quién es? —exige saber el oficial mog al mando, me mira directamente a los ojos y me toma bruscamente por el brazo.

—Un traidor de mala muerte —responde Rex—. Adamus Sutekh, hijo del general Andrakkus Sutekh. —Me golpea en el estómago con la fuerza suficiente para que me doble, sin aliento.

El capitán nos mira con mala cara; es un nacido natural, claro, pero los que lo rodean son nacidos en tanque: grandes, pálidos y escalofrantes, como siempre.

—¿Por qué lo trajiste aquí? —pregunta el capitán un segundo después—. ¿Y qué sucedió en Dulce, exactamente? Perdimos toda comunicación. Envié algunos exploradores, pero informaron que el sitio quedó completamente destruido.

—Él fue lo que ocurrió —responde Rex, señalándome. El capitán frunce aún más el ceño y Rex se apresura a explicarle—. Estaba en mi puesto en la base de Dulce. Este traidor apareció con un aliado humano y atacó; hicieron volar la base. Estuve inconsciente algunos momentos y desperté justo a tiempo para verlo escabullirse, así que lo seguí desde Dulce hasta aquí. Una vez que estuve seguro de cuál era su próximo blanco, lo capturé y lo traje para proceder con el interrogatorio.

El capitán asiente. No puedo creer que se haya tragado toda esa basura, pero así es.

—Buen trabajo —dice—. Notificaremos al general para averiguar si desea interrogar a su hijo personalmente. Mientras tanto, Rexus, también se le harán algunas preguntas. —Le hace un gesto a dos soldados—. Encierren al traidor en una celda, pero no se diviertan demasiado con él. El general querrá administrar el castigo personalmente.

Luego se lleva a Rex, mientras los guardias me agarran y me escoltan hacia un edificio largo y de tejado bajo a un par de metros del muelle. Maldición, no es ni siquiera el edificio principal; esto va a dificultar bastante las cosas.

Cuando me arrojan a la celda, aún estoy tratando de decidir si Rex me ha vendido o si todo va de acuerdo al plan.



CAPÍTULO

ONCE

Traducido por Andres Suarez

No sé cuánto tiempo ha pasado, ¿horas?, ¿días?, pero nadie ha venido a verme desde que los guardias me dejaron en esta celda. Tal vez se están tomando demasiado en serio las órdenes del comandante de que me dejaran en paz hasta que llegue mi padre. Me maldigo por pensar que Rex de verdad estaba de mi lado, por dejarle ver mi mejor cara. Creí que podía confiar en él.

Es entonces cuando escucho el clic de la cerradura de mi celda. Está demasiado oscuro para saber quién está allí de pie, pero reconozco con facilidad la voz de Rex.

—Siento haberme tardado tanto —dice. Entonces algo me golpea la cara y el pecho, algo liviano, flexible y áspero—. ¡Ponte esto!

Es un pantalón y una chaqueta de uso militar; me apresuro a obedecer.

—¿Dónde has estado? —le pregunto mientras me cambio.

—Tuve que asegurarme de que no sospecharan nada —responde Rex mientras mantiene abierta la puerta de la celda y me indica que le siga—. Además de averiguar en dónde guardan las chimæras. Toma. —Me pasa una gorra militar, que también me pongo. Me parece una movida inteligente: claramente soy un mog, pero mi cabello largo carece del corte militar; además, la gorra ayuda a ocultar mi rostro en caso de que alguien pueda reconocerme.

—¿Dónde están? —le pregunto mientras me guía fuera del edificio. Me parece extraño que no haya ningún guardia, hasta que veo un montoncito de ceniza en una esquina y otro detrás de un escritorio cerca de la entrada. Me siento sorprendido de que Rex esté dispuesto a matar para sacarme de aquí; sorprendido, pero agradecido.

—Las tienen en el centro de enfermedades —responde, mientras abre la puerta principal y se asoma. Observa un momento y asiente para que sigamos avanzando—. Pero no en el primer anexo; ese lo ocupan principalmente marines y científicos humanos. Hay un segundo edificio a un costado con personal completamente mogadoriano; allí es donde se encuentran.

Todo tiene sentido. Aunque el alto mando tenga alguna clase de acuerdo con el gobierno de Estados Unidos, nunca dejarían que un humano se acercara lo suficiente a cualquier cosa que pudiera ser utilizada en nuestra contra, y las chimæras definitivamente califican como tal.

—¿Cómo llegamos allí?

Rex sonrío maliciosamente cuando doblamos la esquina de la cárcel y damos con un jeep militar estacionado, con el motor en marcha. Rex no enciende las luces del

vehículo hasta que dejamos atrás todos los edificios y los árboles nos tapan de vista el muelle. Solo nos toma unos minutos recorrer el camino sinuoso hasta el centro de enfermedades; una de las ventajas de una isla es que todo está como máximo a un par de kilómetros de distancia en cualquier dirección. El edificio principal es enorme y parece una mezcla de laboratorio y escuela. A un costado se encuentra un edificio que parece más bien un almacén; hacia allí nos dirigimos. Hay soldados mog de guardia, pero saludan a Rex y se hacen a un lado para dejarnos pasar. Interesante.

—Esta es nuestra base principal en la isla —me explica una vez hemos pasado las puertas y caminamos por un amplio corredor con piso de cemento—. En donde tienen las chimæras vamos a necesitar autorización, pero aquí no tenemos problema.

Es cierto, obviamente, pero no puedo evitar preguntarme cómo vamos a hacer para pasar junto a estos mismos guardias sin disparar las alarmas, especialmente con las chimæras que logremos llevar con nosotros.

—También tuvimos suerte —dice Rex mientras subimos un conjunto de escaleras y luego otro—. Las retenían en el sótano, pero escuché que hace dos días se volvieron locas. Destrozaron el lugar por completo, así que las pusieron aquí hasta que puedan construir jaulas más fuertes.

¿Hace dos días? Apuesto que fue más o menos cuando Dust estuvo tan inquieto en el bote. Todo esto debe estar relacionado. Hablando de ello...

—¿Has visto a Dust? ¿Sabes dónde está?

—Está ahí afuera —responde Rex sin mirarme—. Estuvo conmigo cuando me robaba el jeep. Sabe lo que está haciendo. Vendrá a buscarte en el momento adecuado.

Asiento lentamente. Desearía que Dust estuviera aquí conmigo, pero sé que Rex tiene razón: Dust nunca me ha decepcionado.

Nos detenemos en el cuarto piso y salimos de las escaleras. El techo aquí está a casi cuatro metros de alto y unas enormes ventanas con barrotes cubren la mayor parte de las paredes. A pesar de los suelos de concreto, de las paredes exteriores de piedra gruesa y de las paredes interiores de metal corrugado, el lugar da una sensación espaciosa y ventilada.

Y hay puertas, un montón de puertas.

—Están aquí, en algún lado —me asegura Rex. Abre la primera puerta y se asoma con cuidado, luego niega con la cabeza y retrocede. Yo abro otra, pero lleva a una oficina pequeña y vacía, afortunadamente. La siguiente es un armario de utensilios de aseo. La puerta siguiente lleva a una habitación espaciosa como un quirófano, con instrumentos quirúrgicos dispuestos ordenadamente sobre una mesa. También está vacía, lo que considero muy bueno. La verdad, no me gustaría

interrumpir una cirugía, especialmente una llevado a cabo por mi gente, porque están mucho más interesados en diseccionar y escarbar que en arreglar y curar.

—¡Por aquí! —grita Rex y veo que está en la puerta siguiente a la mía, pero al lado contrario del salón. Cruzo rápidamente para asomarme con él. Es como una caseta de perro muy grande, con jaulas de alambre alineadas contra la pared contraria. ¿Podría ser que tuvimos suerte?

—Cierra la puerta —le susurro, y entro a fin de estudiar las jaulas y sus habitantes más de cerca. La primera jaula luce vacía, salvo por una especie de baba en el suelo de la jaula. Cuando me acerco, la sustancia se eleva y cambia de forma a un mapache, o tal vez una comadreja de cara larga, ojos pequeños y brillantes y pelaje tieso, corto y oscuro.

Entonces grita.

Nunca había oído nada parecido y espero que nunca lo vuelva a hacer. Es alto y estridente y me hace sentir que mi cuerpo es de vidrio a punto de quebrarse. Me tambaleo hacia atrás, doy dos pasos y el chillido se detiene. El animal vuelve a su estado de baba en el suelo de la jaula y Rex y yo nos miramos perplejos. ¿Qué diablos fue eso?

Lo que haya sido, no hay nada que pueda hacer para ayudarlo, no si va a gritar de forma asesina y dejarme paralizado cada vez que me acerque.

La jaula siguiente está vacía, aunque juzgando por el papel periódico sucio del fondo no ha estado así por mucho tiempo.

La próxima jaula contiene un ave del tamaño de un loro, de plumas azules que oscilan de un púrpura tan oscuro que parece negro, a un azul pálido como el invierno. Pero el ave no tiene alas, solo dos muñones suturados y vendados. Al verme emite un graznido monótono y lastimero que al instante hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Me giro y veo que Rex luce igual de horrorizado, lo que me dice que es un increíble actor o que no tenía idea de lo que íbamos a encontrar.

—¿Son... chimæras? —pregunta en voz baja y áspera.

—No lo sé, podrían ser. —Sacudo la cabeza—. Creo que no podremos llevarnos a ninguna de estas. Aunque las sacáramos de sus jaulas, ¿cómo podríamos hacer que nos sigan sin arriesgar a las demás chimæras que encontremos?

Odio abandonarlas, pero creo que debemos hacerlo.

Miro rápidamente en las demás jaulas, pero están vacías. Veo una segunda puerta al costado de la pared. Me dirijo hacia ella, la abro y entro rápidamente para casi chocar contra un par de mogs de pie frente a una hilera de jaulas. Uno de ellos es bajo y enjuto y viste una bata de laboratorio; un científico, sin duda. El otro es grande y poderoso y está vestido con ropas militares. Ambos alzan la mirada cuando entro y la mano del soldado inmediatamente se dirige al arma a su costado. Genial.

—¿Qué... quién? —tartamudea el científico, pero lo embisto lo más fuerte que puedo y choca contra el soldado, que retrocede un paso y levanta las manos para intentar atrapar a su compañero de forma automática. Ambos se convierten en cenizas tan solo un segundo después. Giro y encuentro a Rex en la jamba de la puerta con un cañón en la mano.

Los mató, igual que a los mogs que vigilaban mi celda.

—¿Por qué...? —empiezo a preguntar.

—Te prometí que te ayudaría y eso estoy haciendo —dice—. Lotería —exclama y al seguir su mirada veo por qué. Al menos cuatro de las jaulas están ocupadas, no... cinco. La primera tiene un perro pequeño, la segunda un cerdito, la tercera un gato, la cuarta un mapache y la quinta un ave de colores vivos. Sin embargo, cuando parpadeo hay un búho, una cabra, una rata, un castor y un mono. Vuelven a cambiar una y otra vez, igual que Dust hace unas noches, solo que en ellos es constante; cambian cíclicamente de forma a forma, con rapidez suficiente para marearme al mirar.

—¿Eso es normal? —pregunta Rex, tan sorprendido como yo. El continuo cambiar es inestable, por decirlo de alguna forma.

—No lo sé —admito francamente. Luego noto un sujetapapeles a mis pies. El científico debe haberlo dejado caer. Al recogerlo veo una lista de sujetos junto a notas explicativas, notas como «inyección de 100cc, incremento de la tasa de cambio al 10x» y «lobotomía realizada, cohesión destruida». La bilis me sube por la garganta por lo que trago un par de veces antes de responder—: No, ya han estado experimentando con ellos.

A este punto, no sé qué tan útiles serán estas criaturas sobrevivientes. Esperaba encontrar muchas más como Dust, pero en vez de eso tengo cinco animales fuera de control que no dejan de cambiar de forma. Pero como no hay duda de que son chimæras, no pierdo más tiempo considerando opciones, así que me pongo manos a la obra y abro las jaulas una por una.

—Tranquilos, todo está bien —les aseguro, lo suficientemente alto para que me escuchen, pero no tanto para que así no oigan mi voz fuera de estas paredes—. Estamos aquí para ayudar.

No tengo idea de si me entienden, pero no está demás decirlo. Por un momento, ninguna se mueve y no puedo culparlas. No sé cuánto tiempo llevan aquí o qué atrocidades les habrán hecho, pero no tienen ninguna razón para confiar en un mog, ni en ningún humano, hasta donde sé. La chimæra que por ahora es un mono es la primera en acercarse al borde de la puerta abierta, saca la cabeza y le gorjea a las demás que siguen cambiando de forma mientras salen de su prisión. Un segundo después todas están libres, se arrastran, giran, revolotean y se pasean.

—Bien, es hora de irse —le digo a Rex.

Casi en el momento empieza a sonar una sirena. acompañada por luces parpadeantes. Luego se oye una voz desde unos altavoces en el techo:

—Atención, ha escapado un prisionero. Adamus Sutekh fue visto por última vez vestido con vaqueros azules y camiseta negra. Mide un metro setenta y cinco, contextura delgada y cabello largo. Está desarmado, pero es un conocido traidor. Tráiganlo vivo si es posible, pero en caso de ser necesario, disparen. Lo mismo aplica para cualquier acompañante.

—Oh, sí —concuerta Rex— definitivamente es hora de irse.



CAPÍTULO

DOCE

Traducido por Pamee

Salimos corriendo de la habitación y pasamos del corredor hacia las escaleras mientras las chimæras nos siguen. Rex me agarra por un brazo y me tira hacia atrás justo antes de que empiece a bajar escalones.

—¡No por ahí! —me grita—. Empezarán a registrar el edificio en los pisos de abajo y después subirán. Hay un ascensor en la parte trasera que solo puedes utilizar desde aquí. Si llegas, puedes salir por ahí.

Asiento y dejo que me gire y medio me arrastre por las escaleras hasta el quinto piso. A juzgar por la puerta por la que hemos entrado (de un tipo de acero ultra pesado y extra reforzado, de color rojo brillante), hemos llegado a la parte del edificio de la que verdad quieren mantener alejada a la gente. Con un gruñido, Rex la abre de un tirón y entramos.

El techo también es alto, pero no hay paredes internas. En cambio, solo es una habitación grande, plagada de puestos con computadores pegados a las paredes y un enorme mapa topográfico de la Costa Este de los Estados Unidos en el centro de la habitación. Obviamente, es el centro de mando.

—¡De prisa, escóndete! —susurro, y me agacho detrás de un puesto de computador. Me preocupa lo que vayan a hacer las chimæras, pero todas se quedan conmigo, e incluso aunque cambian de forma constantemente, todas cambian a criaturas de tamaño más pequeño: ratones, lagartijas y libélulas.

Me asomo y veo a unos mogs escribiendo frente a monitores o haciendo cosas en pantallas táctiles transparentes, suspendidas en el aire. Otros están reunidos en grupos pequeños, discutiendo algo en voz baja. Nadie nos ha notado aún, y tampoco se han movilizado para capturar a un prisionero a la fuga. Supongo que su trabajo es más importante, pero nuestra suerte no puede durar para siempre.

Y el siguiente problema: además de las escaleras por las que acabamos de subir, no veo otra forma de salir. Puede no haber sido el mejor plan de Rex.

Se escucha una sirena otra vez y me encojo, imaginándome que este es el momento: me encontraron y están llamando a más guardias para que nos rodeen. Incluso aunque derrumbara el edificio completo como hice en Dulce, podría quedar atrapado de todas formas. Y nos encontramos en el quinto piso. Si el edificio se derrumba, es una caída larga.

Pero esta sirena es diferente, parece más un ululato que un chillido. Y cuando alguien comienza a hablar sobre el sonido, lo que dice no es lo que esperaba.

—Atención todas las unidades —enuncia la voz; habla algo acelerado, pero con claridad—. Reúnanse de inmediato. Garde localizada. Ataque a gran escala a punto de comenzar.

¿Encontraron a la garde? ¿Ataque a gran escala? Miro a Rex, que mira en todas direcciones. Parece preocupado, pero también emocionado; tiene el mismo brillo que cuando saltamos al tren. Se fija en algo y sigo su mirada hacia un oficial mog inclinado sobre una consola. Su pantalla muestra algo, y ahora me doy cuenta de que todas tienen la misma imagen. Me pongo en cuclillas y me acerco más para ver mejor. Es el mapa de una calle, pero no me resulta familiar: hay un lago en vez de océano. No es Nueva York. Los demás en la habitación corren de allá para acá, hablando con rapidez por walkie-talkies o corriendo hacia las escaleras, pero el oficial sigue en su escritorio. ¿Qué pasaría si se da vuelta y me ve? Aparentemente quedé relegado en la lista de prioridades, aunque estoy seguro de que si se da cuenta de quién soy, me atraparé de todas formas. Pero tengo que aprovechar la oportunidad. Si la garde ha estado escondiéndose ahí, Malcolm puede estar ahí también.

Doy unos pasos más y distingo más detalles, incluyendo nombres de lugares: Acuario Shedd, Water Tower Place, North Lake Shore Drive, el lago Míchigan... es Chicago. Están en Chicago. Y el edificio que está justo en el centro de la pantalla es el John Hancock Center; la garde debe estar ahí.

Justo cuando llego a esa conclusión, el mog se da vuelta... y me ve.

—Oye —comienza a decir, medio levantándose de la silla. Parece confundido, como si supiera que no debería estar ahí, pero no hubiera calculado aún que soy el prisionero a la fuga. Entonces nota algo en mi hombro, y abre mucho los ojos. Por el rabillo del ojo veo una mariposa que un segundo después es un colibrí y luego un abejorro. Mierda. Se acaba de dar cuenta de quién soy.

Estoy a solo unos pasos de él. Rápidamente acorto la distancia y le doy un puñetazo en la mandíbula tan fuerte como puedo. Pone los ojos en blanco y cae contra su silla. Un rápido examen de la habitación me dice que nadie nos vio. Supongo que todos esos años haciendo fintas con Ivan sirvieron de algo.

—Tienes que salir de aquí —me advierte Rex cuando llega junto a mí, y me toma de un brazo otra vez—. Ahora, mientras todos se preparan para el despliegue.

Asiento, luego me detengo.

—¿Tengo que salir de aquí?

Él baja la mirada, luego la aparta.

—Mira —me dice—. Me salvaste la vida, te lo debo. Y no te traicioné, no lo hice y no lo haré. Pero... —Se encoje de hombros—. No soy como tú, ya te lo dije. Solo cumplía mi promesa. Entiendo que probablemente tengas razones para lo que

hiciste, y que tal vez tengan sentido para ti. Pero no para mí. Pertenezco aquí. Es quien soy.

Me parece obvio entonces que no va a cambiar de opinión, y que no es como yo. Por lo que sé, ningún mog es como yo. Él cree todo lo que nos enseñan sobre ser la raza superior y tener el derecho a gobernar, controlar y destruir. Tal vez ahora aprecia más las cosas después de nuestro tiempo juntos, pero en el fondo sigue siendo un soldado leal y tarde o temprano tendría que traicionarme; nuestras creencias son demasiado diferentes.

Así que solo asiento y extendiendo una mano. Él la toma, me da una palmada en la espalda y una sonrisa rápida.

—Dile adiós a Dust —me dice, ya girándose hacia las escaleras. Luego se ha ido.

Si tiene suerte, nadie se dará cuenta de que me ayudó. De hecho, espero que ese sea el caso.

Me quedo solo en el centro de mando, yo y un puñado de chimæras dañadas... y varios oficiales mogadorianos que comienzan a notar al fugitivo y su colección de animales extraños entre ellos.

—¡Es el traidor! —grita uno de ellos, interrumpiendo ese momento de reconocimiento—. ¡Atrápenlo!

Corre hacia mí junto a varios otros. Justo entonces una enorme lechuza blanca entra estrepitosamente por la ventana.

Es Dust. Los fragmentos de vidrio vuelan en todas direcciones, y antes de que haya tocado el suelo siquiera, ya ha cambiado de forma. Para cuando aterriza, se interpone entre los mogadorianos y yo. Es un lobo otra vez, como la primera vez que lo vi.

Sin embargo, esta vez deja salir un aullido gutural y casi instintivo. El primer guardia ni siquiera tiene tiempo para desintegrarse antes de que lo despedace.

Ante eso, los demás hacen algo que nunca había visto hacer a un mogadoriano: Huyen.



CAPÍTULO

TRECE

Traducido por Pamee

Varias horas después voy a toda velocidad por la carretera en un coche robado y lleno de chimæras en dirección a Chicago. Las criaturas por fin han estabilizado sus formas y se las han arreglado para normalizarse.

Sigue siendo el viaje por carretera más raro que haya hecho, sin mencionar el más maloliente.

Pero llevo buen tiempo. Estoy casi en el borde de Illinois cuando, después del quinto intento, por fin me conecto con el teléfono de Malcolm.

—¡Malcolm! —grito de inmediato, haciendo malabares para sostener el teléfono con la otra mano cuando la luz cambia y atravieso la intersección—. ¡¿Dónde has estado?!

Pero la voz que contesta no es de él.

—Soy Sam. —Se produce una pausa—. Adam, ¿eres tú?

—¿Sam? —Me toma un segundo, porque no nos presentamos exactamente, y porque estoy un poco estresado ahora mismo. Entonces recuerdo—. ¡Sam! ¿Dónde está tu padre?

—Él...

—¡No importa, no importa! —Me cambio el teléfono de mano para poder conducir bien—. Escúchame, Sam. Están en Chicago, ¿verdad? ¿En el John Hancock Center?

Lo oigo inspirar.

—¿Cómo... cómo lo supiste?

—¡Lo saben, Sam! —No quiero gritar, pero sé que lo estoy haciendo—. ¡Lo saben y van por ustedes!

Un coche en dirección contraria me toca la bocina cuando viro en su carril, lo que me obliga a dejar caer el teléfono en el asiento junto a mí y concentrarme en la conducción.

Les advertí, es todo lo que puedo hacer por ahora. Solo puedo tener esperanza en que me escuchen y que estén preparados. Solo tienen que resistir un poco.

Miro hacia atrás al asiento trasero. Dust está en forma de gato otra vez, y se encuentra enroscado alrededor de sus parientes recuperados. Alza la vista y me mira, ojos dorados a negros, y gruñe suavemente. Sé que no es una advertencia para mí, es para los que les hicieron daño a las otras chimæras.

Resiste, Malcolm, rezo mientras piso a fondo el pedal y el coche acelera en la noche. Ya voy, y llevo a la caballería conmigo.

Espero que Uno, donde quiera que esté, sepa lo que he hecho, lo que estoy haciendo. Me gusta pensar que lo sabe, que aún hay una parte de ella en algún lugar.

No, Uno ya se ha ido.

Por fin acepto la verdad: si sigue viva de alguna forma, no es porque sea un fantasma o una huella psíquica persistente. Todo lo que queda de ella es lo que tengo en mis recuerdos: las cosas que me dijo, cómo me enseñó a vivir.

No volverá, no necesito que lo haga. Sé que está orgullosa de mí porque yo estoy orgulloso de mí mismo.

Porque la recuerdo.



AGRADECIMIENTOS

© Grupo Los 7 de Lorien & Dark Guardians

© Traductores

- *Andres Suarez*
- *Juan Leonardo Pirez*
- *Brayan Calderon*
- *Carrie*
- *Pamee*

© Corrección y diseño

- *Pamee*

